

AINHOA ARAGONÉS VÁZQUEZ

ASESINATO CRONOLÓGICO


Ediciones
Alféizar

HOJA NEGRA

Asesinato cronológico

Ainhoa Aragonés Vázquez



Ediciones
Alféizar

© 2020

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Revisión: Silvana Cerro

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.es

A mi familia, a mis dos mejores amigas y a mi pareja, por apoyarme en este proyecto que es mi gran sueño.

—¡Tok, tok!

—Pase.

—Señor, quisiera que viera estos informes. En ellos revelan con seguridad, de qué se trata de un asesino en serie.

—Pero bueno, ¿es posible que siga con esa tontería? Ya le he dicho, que son casos aislados y no tienen relación unos con otros. Ocúpese de casos reales y no pierda el tiempo con esto.

—No lo hago, ya que lo investigo en mi tiempo libre.

—Pues qué vida más insulsa tiene si la dedica a tonterías.

—Podría dedicarle a mi vida privada más tiempo, si aquí haríamos las cosas como se tienen que hacer.

—A usted lo que le molesta, es que no le dieran mi puesto.

—Está muy equivocado, ya que me lo ofrecieron hace dos años antes que a usted y lo rechazé.

—Pues ahora a apechugar con lo que hay. Las órdenes, las doy yo.

—Se está cargando la comisaría. No se da cuenta de nada. Es un majadero.

—Queda suspendido, hasta que me dé la gana.

—De eso nada. Dimíto.

Y dando un portazo, se dirigió a su mesa y comenzó a recoger sus cosas. Los compañeros al verle le preguntaron qué sucedía.

—Estoy harto de que nos dé órdenes un incompetente. Nosotros resolvemos los casos siguiendo nuestro instinto, ya que él carece de ello. ¡Encima, se lleva el mérito!

—Pero, ¿a dónde vas? No puedes irte. El año pasado se fue Anderson. ¿Y ahora qué? ¿Te vas tú? No vamos a quedar nadie.

—Pues a ver si de este modo, los de altos cargos se dan cuenta de la equivocación que cometieron al nombrarle jefe.

—¡Eh, Amanda! ¿Has colocado las camisas en la estantería y has hecho el inventario de los fulares?

—Sí y sí. Mandona. ¿Algo más desea su Majestad?

—Nada más subordinada, puedes seguir con tus quehaceres.

—Muchas gracias. Ja, ja, ja ¡Oye! ¿Qué tal van los estudios de tu hija? ¿Aprobó con la nota que necesitaba para entrar?

—Sí. Con un nueve y medio. Se exige demasiado a sí misma.

—Bueno, en su justa medida está bien.

—Tú lo has dicho, en su justa medida, pero ella quiere ser la mejor para llegar a conseguir sus objetivos.

—¡Madre mía! ¿Ha querido ser siempre criminóloga? Va a tener que estudiar mucho.

—Siempre lo ha tenido muy claro, desde pequeña.

—Pues nada, a ver qué tal resulta. Dale recuerdos de mi parte. Hará como un año que no la he visto.

—Se lo diré.

—En fin, voy a atender a ese cliente, a ver qué necesita ¡Disculpe caballero! ¿Puedo ayudarle en algo?

El hombre se dio media vuelta, se miraron fijamente unos segundos y dijo:

—Te necesito.

Y se fue sin mediar ninguna palabra más.

—¿Qué quería?

—Nada. Se había equivocado de sección. Oye, me voy a merendar.

—Vale ve, que te lo has merecido.

—Eres muy graciosa. Hasta luego.

Amanda se dirigió a la oficina de la Jefa de Personal. Llamó y entró.

—Disculpe, pero tengo que coger una excedencia por motivos personales.

—¿Es muy grave?

—No sé hasta qué grado lo es. Pero, no tiene buena pinta.

En cuanto salió de la oficina, se cambió de ropa, se recogió el pelo con una coleta e hizo una llamada telefónica.

—Hola, buenos días. ¿Podría ponerme con el Capitán Pétersson, por favor?

—Lo siento, pero ya no trabaja aquí. Se jubiló hace dos años. Puede hablar con el que le sustituye... el Capitán Cáster.

—No gracias. No es importante. Adiós. —«Esto me huele a chamusquina».

Y dando un volantazo se dirigió hacia su casa. Recogió algo de ropa y se fue al aeropuerto. Varias horas después, cuando llegó, se montó en un taxi. Al llegar a su destino, tocó a la puerta y salió un señor con aspecto cansado, aparentaba ser más mayor de lo que ya era.

—¡Amanda! ¿Qué haces aquí?

—Bill, ¿qué demonios está pasando? ¿No dijiste que nunca dejarías el trabajo?

—Las cosas han cambiado y mucho. Prácticamente me obligaron a jubilarme. Ahora, todo se rige por política. Pero, pasa por favor. ¿Quieres tomar algo?

—No gracias. Algo está pasando, Florián vino a verme al trabajo.

—Pues si ha ido a verte después de dos años sin veros, algo muy gordo tiene que haber pasado. ¿Sigues con tus años sabáticos? ¿Qué es de tu vida?

—Pues trabajo en una boutique. ¡No pongas esa cara! Quería cambiar radicalmente de trabajo y de ciudad. Y así lo hice.

—Lo puedes jurar. ¿Cuál va a ser tu siguiente paso?

—Pues investigar. Iré a la comisaría y me incorporaré.

—Tenme al corriente.

—Como siempre, Capitán.

Dicho y hecho. Lo primero que hizo fue ir a un hotel para registrarse y después, se dirigió hacia la comisaría. Mientras iba de camino, le venía a la memoria los años atrás cuando estuvo allí. Fueron buenos tiempos. Al llegar, echó un vistazo a la estancia y estaba todo igual como lo recordaba, incluso el olor a café recién hecho pero, percibió que las cosas habían cambiado.

Le dejaron entrar para poder hablar con el Capitán Cáster, que la esperaba después de que ella pasara por la oficina de contratación y darse de alta.

—¿Mandi? ¿Eres tú?

—Si Alfred, tampoco he cambiado mucho. Un par de kilos me acompañan pero no es para tanto.

—¿Qué par de kilos ni qué nada? Estás estupenda. Ven y dame un par de besos.

—¿Qué tal estáis?

—Lo llevamos. ¡Qué alegría me das! ¿Qué miras? No busques que no encontrarás a tu compañero. Dimitió.

—¿Qué hizo qué? Me lo cargo. ¿Tim y Teresa?

—Tim pidió el traslado hace un año, y Teresa, seis meses después de irte tú. Además, tenemos un Capitán...

—Sí, ya he oído hablar de él. ¿Por qué dimitió?

—Incompatibilidades. En unos días me entenderás perfectamente.

De repente, alguien le dio una palmadita en el trasero. Se volvió sin dar crédito a lo sucedido.

—Mira tío, conservas la mano porque no se me ha ocurrido pensar que hubiera alguien tan estúpido para hacer lo que tú has hecho. Espero que hayas disfrutado, ya que no habrá una segunda vez.

—¿Me desafías?

—Es una advertencia.

En ese momento el Capitán la llamó. Entró y a los diez minutos, salió.

—¿Qué tal Mandí?

—Pues ya ves. Me ha dado la bienvenida y todos estos informes pendientes. Pero no me importa, me gusta hacerlo, ya lo sabes. Tengo mucha paciencia.

—Te va a hacer falta.

Pasados unos días...

—Siento que esté con tanto papeleo, mientras sus compañeros entran en acción día tras día.

—¡Uy! No se preocupe Capitán. Tengo el título de administrativa y estoy como pez en el agua. Además, así puedo observar cómo funciona esta nueva comisaría que desconozco.

—Pues si hubiera sabido que le gusta el papeleo, desde el primer día le habría puesto entonces a investigar.

—¿Disculpe?

—Para empezar, esta noche voy a enviarle a una misión.

—¿De qué se trata?

—Se van a reunir con unos tipos a los que tienen que convencer de que los contrate a usted y a su acompañante, para hacer un trabajo. Tienen que venderse bien, decirles por ejemplo, que son los mejores para hacerlo. Ellos les dirán qué hacer.

—¿Con quién voy? ¿Cuál es mi papel?

—Irá con el agente Rodolfo. Es bueno. Déjelo hablar a él. No tiene que hacer nada, solo aparentar ser su pareja. ¡Ah!, y vaya sexy. En dos horas aquí.

—¿Sexy? ¿Rodolfo el pulpo? Vamos hombre, no me fastidie. ¿Sabe usted que estamos en el S. XXI? Creo que es algo misógino.

—¿Misóg... qué?

—Búsquelo en el diccionario. ¡Ah perdón!, que no sabrá hacerlo... búsquelo en el Google.

A las dos horas...

—¿En serio? ¿No podrías haberte puesto algo más sexy?

—¿No crees que está sexy? A ver, que lleva unos vaqueros ceñidos, una cazadora negra, camiseta blanca, botas negras, el pelo suelto y ondulado... ¡Uauuu!

—Gracias Alfred, eres un cielo. Lo que sucede, es que a Rodolfo le hubiera gustado una mini falda con medias de rejilla, ¿verdad? Aprovecho para decirte que no te pases. Las manos quietecitas, el culo está prohibido, mano a la cintura solamente...

—Haré lo que me plazca.

—Pues atente a las consecuencias.

—Ala vengá, que nos esperan.

Se fueron a un polígono a las afueras de la ciudad. Salieron del coche y se dirigieron hacia una farola que desprendía una luz tenue.

—Chsss esa manita tuya que no se vaya más hacia abajo.

Se pararon y Rodolfo se puso detrás de ella. La cogió de la cintura y comenzó a lamerle el cuello mientras ella intentaba que hubiera algo de espacio entre los dos.

—¿Interrumpimos?

Aparecieron dos sombras de la nada.

—No, no, es que mi chica y yo queremos... pero bueno... ¿Qué tenemos que hacer? Los negocios antes que el placer.

—¿Quieres estarte quieto?

—Creo que ya estaremos en otra ocasión, no sois como esperábamos. Queremos especialistas y no un sobón con su...querida.

—¡Esperen! No soy su querida. Yo soy la que buscan.

—¿Qué dices cariño? —le dijo mientras intentaba retorcerle el brazo hacia atrás. Le dio un pisotón, él se inclinó hacia delante, le soltó el brazo y con el otro le propinó un golpe en la nariz que le empezó a salir sangre a borbotones.

—¿Qué significa esto? —dijeron los desconocidos.

—Esto significa, que este tío es un “supuesto actor” muy malo. No me sirves. Lo contraté para que se hiciera pasar por mi pareja y socio, pero como han visto, es solo un sobón.

—¿Y por qué hizo eso?

—Porque mi pareja tiene un negocio y esto lo hacemos por hobby. Se suponía que era venir aquí, aceptar por si nos interesaba e irnos y así, no hacía falta que viniera. Contraté a... este para que se hiciera pasar por él pero no ha sido capaz de hacerlo. Déjenlo que se vaya.

—¡No! Vamos a ir los cuatro a ver a su amigo.

Entraron en el coche. Ella de copiloto y su “compañero” atrás con el otro individuo. Les dirigió a una discoteca muy concurrida llamada “Infierno”.

—No nos van a dejar pasar. Solo dejan a personas selectivas. Se dice del dueño que es un tipo extraño. ¿Está dentro su pareja?

—Eso espero. Es el dueño de la discoteca.

El de seguridad les dejó entrar al verla a ella. El recinto era muy amplio. En cuanto entrabas, hallabas una pista grande para bailar, varias barras para consumir bebidas y los baños. Subiendo

las escaleras de caracol, había otra pista algo más pequeña, otras dos barras y varias mesas para poder conversar.

Todo estaba oscuro, solo se iluminaba por varias luces de colores intermitentes. El único sitio en el que las luces eran estáticas, era al fondo de las pistas.

Allí había un sillón en forma de media luna en el que se podría sentar al menos diez personas y solo se hallaba un hombre, que a cada lado de él había una chica. Amanda se dirigió con paso firme y decidido hacia donde él estaba. Se le plantó delante y éste la miró fijamente. Chasqueó los dedos y las chicas se fueron yendo.

Él se levantó sin dejar de mirarla. Ella le susurró:

—Bésame, por favor. Estoy infiltrada.

Él le cogió del cuello con las dos manos y la besó. Fue profundo y tierno.

—No tienes porqué pedírmelo.

Ella se sentó con él a su lado.

—¿Quiénes son ustedes?

—Pues estos hombres querían contratarnos. No quise molestarte y pacté con este individuo para que se hiciera pasar por ti, pero ha suspendido.

—¿Y te asombra? ¡Por cierto! No quiero ser celosillo pero tu cuello huele a... ¿babas?

—¿Por qué crees que tiene la nariz rota?

—¡Ah claro! Bien hecho.

—Serás hija de...

—Chsss ni te atrevas a terminar esa frase o será lo último que digas. Que por cierto, ya tardas en desaparecer.

—Luci, me voy a la barra a pedir algo, que estoy sedienta. Enseguida vengo. Habla de negocios mientras tanto.

—¿Luci? ¿De qué viene el nombre? ¿De Lucinda? Ja, ja, ja.

—No, de Lucifer. Solo le permito a ella llamarme así.

Todos los presentes, dejaron de sonreír al instante.

Amanda se fue a llamar por teléfono a Alfred y le contó lo sucedido. Este le dijo que había un lío en la comisaría. Había ido el FBI.

—¡No entiendo nada! ¿Qué pinta esta misión entonces?

—Te explico. Es idea de Florián. Antes de dimitir le contó al Capitán unas sospechas de un asesino en serie y tenía una pista, pista a la que acabas de acudir tú. Pero el Capitán no le hizo caso, hasta anoche. Florián ha debido de llamar al FBI y ellos sí le han creído, ahora llevan el caso.

—¿Déjame hablar con el que esté al mando, por favor!

—Soy el agente especial Reynolds. ¿Es usted la agente de policía que está infiltrada? ¿Qué quieren que usted haga?

—Estoy reunida con ellos. De momento no lo sé, les informaré en cuanto pueda e iré a la comisaría.

—¿Ha ido con algún compañero?

—Sí, pero casi lo fastidia todo. Lo he mandado para allá. Él les contará su versión de los hechos, pero en realidad es...

Amanda le resumió lo sucedido con el agente Rodolfo.

—Entiendo. ¿Necesita apoyo?

—No. Tengo todo controlado, incluso mi seguridad.

—De acuerdo. Espero su informe.

Ella volvió con un botellín de agua, se sentó en el sofá y Lucifer le puso el brazo en su cuello diciendo:

—Menos mal que has venido, nuestros invitados se estaban impacientando. Querían hablar de negocios pero les he dicho que hasta que no vinieras, no hablasen. No me gusta escuchar dos veces la misma historia, ya lo sabes.

—Bueno, pues cuéntenos. ¿Qué quieren que hagamos?

—Encontrar a alguien. Una mujer.

—¿Qué tiene de especial esa mujer? Porque a ver, si fuera así de simple, se contrata a un detective privado y listo.

—Tiene razón. Ella es... peligrosa. Aquí tienen sus datos y donde se la vio por última vez.

—¿Y por qué quieren localizarla?

—Eso es cosa nuestra. ¿Aceptan?

—Sí. Hay trato. Estaremos en contacto.

Amanda se dio media vuelta, mirándole a él a los ojos cuando se fueron los dos hombres.

—Perdona por meterte en este enredo.

—Tranquila, para eso son los amigos, para cuando se necesiten, aquí estamos.

—Sí... amigos.

—Así lo quisiste tú, ¿recuerdas? ¿Qué tal como dependienta en estos dos años sabáticos? ¿Han sido fructíferos? ¿Tienes... pareja?

—Pues la verdad ha sido relajante, necesitaba un cambio, creo. Y no, no tengo pareja. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Pareja? Ya sabes que no es lo mío. Tengo mis rolletes.

Mientras hablaban no dejaban de mirarse, incluso cuando se le acercó una chica bien parecida, recordándole que le debía un baile y él la rechazó sin ni siquiera mirarla.

—¿Llevas mucho tiempo en la ciudad? ¿Cuánto hace que has llegado?

—Hace solo unos días. Vino a mi trabajo mi compañero Florián a pedirme ayuda, ¿te acuerdas de él? En cuanto he llegado he visto todo patas arriba, me parece una realidad paralela. ¡Por cierto! ¿Cómo has sabido que trabajaba de dependienta? Yo no te lo he dicho.

—Vale, me has pillado. Fui a verte en un par de ocasiones. Estaba dispuesto a secuestrarte y traerte de nuevo aquí conmigo, donde sé que eras feliz pero, te vi hablando y riendo con otras dos mujeres y cambié de parecer. Es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras. Nunca entenderé porqué te fuiste. Pero bueno, eso es una etapa de mi vida pasada.

—Debo irme, me esperan en la comisaría para dar parte. Una vez más, gracias.

—No hay de qué. Cuando quieras.

Amanda se dirigió a la comisaría. Una vez allí, le presentaron al agente Reynolds al que le relató todo lo sucedido. A continuación, le dio todos los datos para localizar a la mujer misteriosa. Florián estaba allí.

—Dimites y me dejas con el marrón. ¿Te parece bien?

—Lo siento Mandi, pero no pude más.

—La verdad es que he estado tan solo unos días con tu Capitán y es exasperante. Me sorprende que hayas durado tanto ja, ja, ja...

—¡Eh tú! Ahora que no está tu amigo para protegerte, te voy a dar...

—¿Tú crees que necesito protección?

—¿Estás loco, Rodolfo? Estate quieto. —le dijo Alfred.

Cuando se dirigió hacia ella le dio la espalda, se puso detrás de él, le puso dos dedos en el cuello, apretó un poco y cayó redondo al suelo.

—¿Pero qué rayos está pasando aquí? ¿Qué le pasa a este?

—Está durmiendo la mona.

—A ver señorita, deme el parte de la reunión.

—Ya se lo he dicho al agente Reynolds. Él lleva el caso.

—De eso nada, yo soy el Capitán y las órdenes las doy yo.

—Siento contradecirle, pero yo cojo las riendas. Usted y todos están a mis órdenes. Amanda, reúnase conmigo mañana a primera hora. Ahora, váyanse a casa a descansar.

Al salir, el Capitán le cogió del brazo a Amanda y con voz despectiva le dijo:

—Usted me va a informar de todo lo referente al caso. No quiera tenerme de enemigo.

—¿Me está amenazando?

—Tómeselo como quiera.

La soltó de malas maneras y se fue. Amanda cogió su coche y sin darse cuenta había llegado a la discoteca “Infierno”. Era ya muy tarde y estaba cerrada, pero sabía por dónde entrar. Una vez dentro...

—Perdone, pero ya está cerrado. ¿Por dónde ha entrado? ¡Ah, eres tú! ¿Qué haces aquí? ¿No has hecho ya suficiente daño?

—¿A qué te refieres Peggy? Yo le dije que me iba, no me fui sin que él no lo supiera.

—¿Y eso lo justifica? Sabes que Lucifer no es como los demás. Es un tipo duro pero le destrozó tu huida, sí, sí, tu huida. Lo sabes tú y lo sé yo. Si no lo tienes claro, no te acerques a él.

—Tú siempre siendo su guardaespaldas.

—Así es, así que cuídate. Y por cierto, si vas a verlo te advierto que está con compañía.

—Gracias por advertírmelo. No quisiera estropear la diversión. Buenas noches.

Al día siguiente en la oficina...

—Ya sabemos quién es la chica de la foto. Es una sicaria. Asesina por encargo a cambio de una compensación económica. Me he hecho pasar por su amigo Lucifer y he hablado con ellos para decirles que ya la hemos encontrado. Quieren que vayan a por ella y se la lleven. Como es normal, ella no se va a fiar de ustedes. Dígales la verdad, que han sido contratados para encontrarla y que ella decida. ¿Querrá su amigo participar en la misión? Les dije a ellos que a lo mejor yo no podría ir y que iría solo usted. No les gustó la idea. Así que pregúnteselo y crucemos los dedos. Yo no le puedo obligar, porque es un civil.

—Pues tendremos que pensar en otro modo. No quiero involucrarle en esto. Sí, sí se lo preguntaré, no ponga esa cara.

Mientras Amanda se dirigía a su encuentro, se tocaba los labios pensando en él, movió la cabeza y se dijo así misma que no se distrajera, tenía que estar pendiente de la misión. «Se lo preguntaré y si dice que no, perfecto pero, no estaría con él y si dice que sí... Tengo que aclararme las ideas».

Una vez en el piso de él...

—¡Hola Mandi! ¡Cuánto tiempo sin verte! A ver... ¡Ah sí, ayer! ¿Me echabas de menos?

—No te hagas ilusiones. Vengo por trabajo.

—Pues dispara.

Amanda le explicó todo y le dijo.

—Así que el agente Reynolds del FBI, te pregunta si querrías seguir con el engaño.

—¿Sabe él quién eres tú en realidad?

—No. Si todo sigue como hasta ahora, no hará falta. Bueno, ¿aceptas o estás ocupado?

—Pues no sé... depende.

—¿De qué?

—Si tú podrás soportar estar a mi lado.

—Pero qué creído eres. Menos mal que ya nos conocemos. Mira, ya tuve ayer un día... para que tú encima estés hoy... juguétón. Di sí o no.

—¿Qué te pasó ayer?

—Pues entre que me amenazaron, no una persona sino dos, me babearon con su correspondiente tocón de culo y al finalizar el día, me multaron.

—Día completo, sí. Podrías haber pasado por aquí a contármelo.

—Me pusieron la multa al salir de aquí, no sabía que habían puesto una prohibición al girar a la derecha.

—¿Viniste anoche?

—Mmm no eres el único que sorprende ¿eh? Me dijeron que estabas acompañado... tranquilo, no es de mi incumbencia. Bueno, ¿vienes o no?

—¿Has dicho que te amenazaron? Supongo que el manos largas... Rodol... no sé qué y... ¿Quién más?

—Pues curiosamente ese no, se enfrentó a mí y lo lamentó. Fue el Capitán. Me puede acarrear problemas pero, bueno, es controlable.

—Entonces, ¿quién es el otro que te amenazó?

—Esa información me la reservo. Además, tenía razón.

—Qué misteriosa... Bueno, pues iré contigo. Puedo faltar un par de días. Oye... dime una cosa... ¿Te gustó el beso que te di?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Mera curiosidad.

—Bueno, no estuvo mal.

—¿Que no estuvo mal? Ven que te doy otro a ver que tal.

—No, no hace falta. ¡Oye! ¿No hace calor aquí?

—¡No entiendo! ¡Me vuelves loco! ¿Qué falló?

—¿Quieres saber por qué me fui?

—Soy todo oído.

—¡Jefe! Hay un pedido de brandys que no llegan y los necesitamos con urgencia.

—Bueno, pues resuelve eso y nos vamos.

—¡No! Dime porqué...

—Otro día. Te espero abajo.

—Peggy... Te voy a dar yo brandys.

—Pero... ¿Qué he dicho?

Cuando bajó Lucifer...

—No creas que esta conversación ha terminado. La retomaremos. Ahora vayamos a por esa chica. ¿Cómo se llama?

—Angélica.

—¡Venga ya! ¿Un nombre así para una sicaria?

En el trayecto, Lucifer conducía el coche. Tenía la ventana abierta y el brazo izquierdo apoyado. El aire movía su cabello de un lado a otro y su mirada, estaba perdida en el horizonte.

—¡Qué silencioso estás!

—Es que no tengo nada que decir.

Al cabo de unas horas llegaron a su destino. Apenas se habían dirigido la palabra. Encontraron a la sicaria en un hostal. Cuando supieron el número de su habitación llamaron y ella salió a recibirles. Le explicaron que habían venido a recogerla y le dieron un número de móvil, al que ella llamó. Cuando finalizó la llamada, les dijo que la esperaran unos minutos, que iba a recoger sus cosas para irse con ellos. Así fue.

A la vuelta, ella les hacía preguntas y respondían con monosílabos.

—Veo que estáis mosqueados. ¿Por qué sino, te sientas aquí detrás conmigo y no al lado de tu chico?

—Pues mira, para protegerlo. Digamos que no me fio de que estés detrás de nosotros. A ver, eres una asesina. ¿Matas por encargo o por placer? Así que... por si acaso.

—¿Tú crees que podrías conmigo?

—Ja, ja, ja... sin duda alguna. —respondió Amanda.

Las dos se miraron a los ojos fijamente y la sicaria, levantó las manos diciendo:

—Vale, vale... te creo. Y sobre tu pregunta, mato por encargo y por placer. A veces soy sicaria y otras veces soy asesina. Ja, ja, ja.

Al cabo de un tiempo, llegaron al lugar de encuentro. Entregaron a la sicaria, les remuneraron y antes de irse, les dijo Lucifer.

—Contad con nosotros cuando queráis. Como veis, cumplimos. Tal vez, yo no pueda, pero ella sí. Hasta la vista.

Ya de vuelta, en el coche, reinaba un silencio sepulcral, hasta que él rompió el silencio.

—Como habrás intuido, te dejo el camino libre para que te llamen a ti, y yo salgo de escena.

—Sí, me he dado cuenta, gracias por todo y perdona, de nuevo, por haberte metido en este lío.

—No me metiste tú, quise entrar yo y ahora del mismo modo que entré, salgo. Ya hemos llegado, te dejo aquí en la comisaría. Qué te vaya bien. Adiós.

Cuando salió Amanda, sintió un vacío en su interior... tenía ganas de llorar, sin ningún motivo aparente.

Entró en la comisaría y buscó al agente Reynolds pero este no estaba, en su lugar encontró al Capitán rodeado de agentes federales. Vio a Florián y le comentó a él. Mientras lo hacía, en las noticias apareció un agente federal, comentando que tenían casi el caso resuelto, ya que el asesino estaba acorralado y se hallaban muy cerca de apresarle. La cara de Amanda reflejaba espanto e incredulidad.

—¿Pero qué demonios está pasando aquí, Florián? Estoy en un mundo paralelo y no me he dado cuenta, ¿quién es ese?

—Pues parece que el jefe del agente Reynolds. El señor Turner, creo que se llama. Te voy a poner al día. Hará un par de meses estaba desayunando y leyendo el periódico como todos los días, y me percaté de algo que al principio creía que era mera casualidad. Conseguí los periódicos de los dos días anteriores y mi instinto no me fallaba. A mí, como ya sabes, me gusta ver la sección de esquelas, sí, ya sé que soy un poco rarito, el caso, es que me di cuenta de que los tres fallecidos se precedían por orden cronológico el uno con el otro, es decir, uno se llamaba Dimetrio, otro Eugenio y la otra Felisa. Los fallecidos seguían un orden alfabético.

En el otro periódico del día siguiente, había sólo un fallecido llamado Gerónimo y así sucesivamente. ¿Casualidad? Yo no lo creo.

—¿Qué hace cuando llega a la Z?

—Vuelve a empezar, pero nunca empieza por la A, mata a partir de la B. Una cosa curiosa que me he dado cuenta estos días, es que la sicaria se llama “Angélica” así que supongo que ella no morirá.

—Florián, me tienes anonadada.

—El día que dimití, se lo volví a recalcar al Capitán Cáster, pero no me hizo el menor caso. No sé qué le hizo en la cabeza el día que te mandó a investigar el soplo que me dieron, pero desde entonces, este caso está rodando y está interesando. Todos quieren meter baza. Salen sanguijuelas por todos los lugares. Yo se lo dije al FBI, porque estaba harto de que no se hiciera nada por parar al asesino. Hablé con el agente Reynolds y nos pusimos en acción.

—Me temo que la estupidez del jefe Turner tenga consecuencias nefastas.

—Yo también.

Pasaron unos días y sus sospechas se hicieron realidad. Observaron en el periódico, cada día había más fallecidos siguiendo el orden cronológico de la primera letra del nombre.

—¡Eh tú! Tráenos café.

Amanda se dirigió a la cafetera y empezó a preparar varias tazas, ya que estaban todos reunidos en la sala de reuniones: policías y federales. Cuando entró, Florián y Alfred se levantaron para ayudarla pero el agente Turner le dijo:

—No, este café no, que es muy malo. Vete a la cafetería de abajo y cógelos.

—Pero oiga que no soy su sirvienta. Si quiere café de la cafetería, vaya usted.

—¡Uy, qué suspicaz!

—¿Suspica? A eso lo llamo machismo. ¡No te fastidia! Y déjeme que le diga en su cara que metió la pata diciendo en la televisión que lo teníamos acorralado al asesino, ahora él mata más por su culpa. Para él, es un reto, un desafío.

—¡Anda, vete hacer informes que no sabes de qué hablas!

—Oiga, no está bien que trate así a nuestra compañera.

—¿Caballeros andantes?

—Caballeros no, justos.

—Pues iros los justicieros a terminar informes. En cuanto a ti... dile a tu amigo que necesitamos hablar con él.

—Mi “amigo” está fuera de todo esto.

—Ya lo veremos.

—¡Cuidado! Estoy soportando varias tonterías del Capitán Cáster y de usted, pero como se metan con mis amistades...

—¿Qué!

—No quiera saberlo. No se lo recomiendo.

—¿Está amenazando a un agente federal? A mí me importa un bledo si es mujer o no para darle una tunda.

—¿Una tunda a mí? ¿En serio?

—¡Vamos Amanda! No hagas caso, vayamos a tomar ese café abajo.

En cuanto se dio media vuelta, el agente Turner le tocó el hombro. Esta se giró y él le propinó un puñetazo en toda la boca partiéndole el labio. Todos se pusieron en pie recriminándole lo que había hecho. Florián y Alfred, le dieron un empujón tan fuerte al agente federal que cayó al suelo.

El capitán Cáster los suspendió, pero no le hacían caso ya que estaban ayudando a limpiarle la sangre del labio de Amanda.

Una vez fuera de la comisaría...

—¿Pero qué narices me pasa que no le he visto llegar? No creí que fuera tan arrogante, prepotente y estúpido a la vez. ¡Dios, cómo duele! Chicos, gracias. Iros a casa, ya os llamaré. Tranquilos, me voy a un sitio donde voy a estar bien.

Al cabo de una hora, tenía unas palabras con Peggy y subió al ascensor.

Pasadas unas horas...

—¡Eh Peggy! ¿Has preparado el champán que te dije? Estas dos preciosidades y yo, nos lo vamos a pasar en grande. ¿Verdad chicas?

—¡Espera! Hay una chica en tu casa.

—Genial ¡Un trío!

—No. Vete a un hotel.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos en silencio y luego se despidió de las chicas diciéndoles que otro día quedarían.

Él subió al ascensor y cuando llegó, vio a Amanda sentada en la repisa de la ventana con las piernas cruzadas, como muchas veces la había visto en el pasado.

Ella levantó su mano derecha y se limpió una lágrima que caía de su rostro. Él se ocultó. La observó un rato más y abrió los ojos como platos, como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Cogió el ascensor para bajar. Se dirigió a la barra donde estaba Peggy y apoyó las manos.

—¿Has hablado con ella?

—No. Necesita estar sola. Encontrarse a sí misma.

—Eso me dijo ella.

—Si me viera, se refugiaría en mí y no resolvería sus conflictos internos. Pero...

Tiró las botellas y vasos que estaban en la barra de un manotazo.

—¿Has visto su cara? ¡Tiene el labio partido! Como me entere quién ha sido... ¡Maldita sea!

—Por eso la dejé subir. Su intención no era verte, sino estar aquí, donde se siente protegida.

Entrada la noche, Lucifer entró en su habitación y vio a Amanda echada en la cama, llevaba una camisa suya en la que dormía plácidamente acurrucada. La observó unos minutos, salió y volvió a sus aposentos.

Lucifer vivía arriba de su discoteca. Era una casa muy amplia, y por supuesto insonorizada. Tenía dos habitaciones, la suya y la de invitados, una cocina, dos cuartos de baño, un salón y un gimnasio. Fue a dormir a la habitación de invitados.

A la mañana siguiente, Amanda se despertó resplandeciente, feliz y se enfadó consigo misma por haber sido tan tonta. Ahora lo veía todo con tanta claridad...

¿Cómo se había dejado influir por el entorno? Le habían hecho sentir una persona débil, inferior, incapaz de hacer cosas y en realidad, era todo lo contrario. Lo peor, es que ella dejó que pasara. Pero se acabó. Ella, tenía el poder.

Empezó a hacer varias llamadas. La primera, a la comisaría 96, la segunda a la comisaría 91, la tercera llamó a un lugar que no se puede nombrar ya que nadie conoce ni su ubicación, y en cuarto lugar...

—Ring...

—Identifíquese.

—Nivel 8.

—¿Código?

—104

—Espere... código aceptado. Enseguida le llegará la escolta.

—Te he dicho muchas veces Hanna, que no me hace falta.

—Buenos días, señora. ¡Qué alegría oírlo!

—Igualmente. Tenemos trabajo que hacer. Estoy en la comisaría 99. Quiero que investigues, por favor, al agente Federal Turner.

—¿Va a coger el mando?

—Sí. Me estoy temiendo qué clase de Federal es. Estaremos en contacto.

Se hizo un zumo de naranja natural y un café cargado. Se sentía tan bien y revitalizada. Cuando terminó de desayunar, se puso manos a la obra.

Bajó en el ascensor y cuando llegó abajo, se encontró cara a cara con Lucifer y ella le dijo:

—Quiero volver.

—¿A dónde?

—A tu vida. Ya hablaremos largo y tendido. ¿Te parece?

—Sí. Vuelve de una pieza ¿eh? —le dijo mientras le tocaba el labio.

—Lo procuraré...Luci.

Cuando se fue...

—Esa es mi chica, Peggy. Ha vuelto.

En la comisaría 96...

—¡Eh Timothy! Han llamado para que te incorpores de inmediato en la comisaría 99.

—Ja, ja, ja... ni loco. ¿Qué pasa? ¿Al Capitán se le ha olvidado su contraseña para entrar en el ordenador? ¡Paso!

—Eso le he dicho, que no irías, pero me han hecho prometer que te lo diría, una chica llamada Amanda.

—¡Mandi! Mira, tengo que ir... eh... volveré en cuanto termine lo que quiera que haga, porque en cuanto se vaya ella, regresaré.

En la Comisaría 91...

—¡Eh Teresa! Han llamado de la comisaría 99 para que vayas en cuanto puedas, una tal Amanda.

—¡Mandi! Voy ahora mismo. No ocupéis mi sitio que volveré en cuanto termine allí.

En ese lugar que no se puede nombrar...

—Agente Miller, le requieren de escolta a la...

—Está equivocado, yo solo guardo las espaldas al Rey y a nadie más.

—Lo sé, pero la señorita que ha llamado, una tal Amanda, me ha dicho que haría una excepción.

—¡Mandi! ¿En dónde se encuentra? OK. Voy para allá. Poned toda la seguridad del mundo para proteger al Rey, cuando vuelva, lo quiero de una pieza o rodarán cabezas, ¿entendido?

Amanda hizo varios recados que le ocuparon casi todo el día y luego se fue a una cafetería no muy lejos de la comisaría 99. Estando en la cola, le tocaron el hombro y en cuanto se dio la vuelta, la cogieron por la cintura.

Dieron vueltas como una peonza y comenzaron a reírse. Cuando la soltó y le vio el labio partido su semblante cambió poniéndose muy serio y preguntándole.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Cómo? ¿Por qué? Y lo más importante, ¿quién?

—Yo también me alegro de verte, Richard. Es una larga historia. Sentémonos.

En cuánto se la contó, ella le dijo:

—Necesito que me cubras las espaldas. Tengo que centrarme y no puedo estar en todo momento, mirando quien me “apuñala”. Serás un mero observador.

—Mandi, te debo todo lo que soy y tengo. Ya sabes que puedes contar conmigo para todo.

—Gracias Richard, pero te equivocas en una cosa. Lo que tienes y eres te lo has ganado tú, con tu esfuerzo y dedicación. Terminémos el café y vayamos a la comisaría que hay mucho que hacer.

Una vez allí...

—¡Hola chicos! Aquí está mi equipo.

Hubo abrazos, besos, presentaciones, hasta que llegó el Capitán Cárter.

—¡Eh, eh! ¿Qué es esto?, ¿una comisaría o un centro de reuniones? Aquí se viene a trabajar.

—Pues a ver si se aplica el cuento.

—Mire Alfred, le suspendería pero ya lo está, no quiera que haga algo más drástico. Y usted, ¿quién es?

—Un observador.

—¿Y qué observa?

—A ella.

—¡Qué tonterías dice! No tiene autorización para estar aquí.

—Si la tiene, la mía.

Se acercó como un pistolero del oeste hacia Amanda y a dos pasos de distancia... Richard lo

paró en seco.

—No siga o lo lamentará.

—¿Este es su guardaespaldas? ¿Me va a hacer algo?

—No, no... yo no. Sino ella. Se vale por sí sola. Yo no la haría enfadar. Me encargo de sus espaldas, para que gente rastrea y cobarde no cometan el grave error de hierla.

—No sé de qué circo han salido todos pero, en cuanto lleguen los federales ya veremos quién ríe último.

Quando llegaron y vieron el panorama, mesas puestas de dos en dos y trabajando...

—Muy bien, así me gusta codo con codo. ¡Cuántos agentes a mi cargo!

—No, no se equivoque. Nosotros hemos venido por ella no por usted que ni lo conozco, ni quiero.

—¡Vaya que sinceridad! Sigán con lo que están haciendo. ¡Dígame Capitán!

—¿Qué tal el asuntillo ese que me dijo que iba hacer? ¡Sí hombre! Lo de las “ratas”.

—¡Ah no! Al final no lo hice, ese sitio está más limpio que la patena. Sería un desperdicio de tiempo.

—Pero si dijo que las “ratas”...

—No insista, que ese sitio está más limpio que la patena.

—¿De qué y de quién están hablando? —preguntó Amanda.

—De su amigo, queríamos que colaborase y entonces...

—Ya les dije que él ya no iba a intervenir más en este asunto. ¡Déjenlo en paz!

Amanda se dirigió hacia Richard.

—No sé qué están tramando esos dos. Les he oído hablar de “ratas”.

Al escuchar aquello, el federal Turner volvió a repetir.

—Imposible que haya aquí, todo está limpio como la patena.

—Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué repite siempre lo mismo?

—Ya sé por qué Richard, ja, ja, ja ¡Volvamos al trabajo!

—De acuerdo, ¿pero me lo vas a explicar? ¡Mandi!

Esa misma noche, Amanda se reunió con Lucifer y quedaron para dar una vuelta por la ciudad. Al principio no se dirigían la palabra, solo caminaban el uno junto al otro, hasta que él rompió el silencio y le preguntó.

—El día que hablaste conmigo para decirme que cortabas nuestra relación... ¿Por qué te fuiste? ¿Había algún problema entre nosotros que yo desconocía?

—No. Nuestra relación era perfecta. Y ahí, estaba el problema. Sé que no me entiendes. Me fui por miedo, por cobarde. Nos iba todo tan bien que temí que un día se acabara y antes de que eso sucediera, terminé la relación.

—¿Y estás segura de volver? Porque como te vuelvan a surgir las dudas y me dejes de nuevo... No lo pasé nada bien y no me avergüenza el decírtelo. Desde que nos conocimos, conectamos. Es algo difícil de explicar pero sabes perfectamente a lo que me refiero, ¿verdad?

—Sí y lo siento mucho Luci. Estoy muy segura de volver a tu lado. Nunca debí de haberme ido. Entiendo que no podemos seguir donde lo dejamos. Vayamos despacio, ¿te parece?

—De acuerdo. Y por cierto, no hace falta que sigas en el hotel. Vente a casa. Tú habitación será la de invitados. Serás como una compañera de piso.

Así, lo hicieron. Fueron a su hotel, recogió sus cosas y se marcharon. Cuando llegó, desempacó en su nuevo hogar, cenaron y se fueron a descansar, cada uno a su habitación, no sin antes darse un beso de buenas noches. Amanda estaba feliz, pletórica.

Pasaban los días y Amanda estaba muy desconcertada, pista que encontraban, pista que se desvanecía. ¿Qué estaba ocurriendo?

Un viernes por la noche, Amanda decidió salir a dar una vuelta a despejarse. Por supuesto, Richard la acompañaba sin mediar palabra. Era su sombra. Después de caminar sin rumbo fijo, se dirigió a la discoteca “Infierno”. Se puso en la pista y comenzó a bailar al son de la música, tanto rock, pop o blues.

Cada nota, cada ritmo, penetraba en su cuerpo. Richard no bailaba, estaba a su lado en todo momento. No le quitaba la vista de encima.

—¿Has visto Lucifer? ¡Qué desfachatez! Trae a su pareja aquí.

—No lo creo Peggy, mira su lenguaje corporal. Ella está bailando y él la observa, pero no la está comiendo con la vista, es como si estuviera... vigilándola. Parece que Amanda está en trance.

Y así era, estaba recordando desde que Florián le fue a buscar a la Boutique a pedirle ayuda. Analizaba cada acontecimiento y cada paso que dio. Richard la observaba sin quitarle el ojo. Hubo un momento en el que dos tipos se le acercaron por detrás y le iban a tocar la cintura. Él les dijo que no lo hicieran. Uno de ellos se le acercó y le dijo:

—¡Oye tío! Tu chica, me está provocando.

Sin dejar de mirarla, le contestó:

—Ni si quiera te está mirando, ella solo baila. Es tu mente sucia que se imagina lo que no es. Además, no es mi chica, sino la de él.

Señaló a Lucifer, que en ese momento se levantó del sillón y se le quedó mirando.

Los dos tipos levantaron las manos diciendo que no querían problemas y se marcharon. De repente, Amanda cayó al suelo y se quedó de rodillas sollozando. Repetía una y otra vez que no podía ser.

Lucifer se acercó a ella, se puso de cuclillas y sin tocarla le preguntó si estaba bien. Ella se

levantó y cubrió su cara con las manos. Lucifer, le dijo a Richard que volviera por la mañana, que él se encargaría de ella. La cogió en brazos y se la llevó al piso de arriba. A sus aposentos. La tumbó en la cama y él la abrazaba por detrás.

—¿Es grave lo que has descubierto?

Ella asintió con la cabeza.

—Supongo que no quieres hablar de ello.

Amanda, le cogió los brazos de él que la rodeaban y los apretó hacia ella.

—Desde que has vuelto, he visto a una mujer desconocida para mí, frágil, sin autoestima y tú, no eres así. Eres fuerte y segura de tí misma. No digo que no me guste la mujer que ha vuelto, para variar, he podido arroparte y protegerte pero, ésta no eres tú.

Ella asintió y le dijo:

—No sé por qué me he sentido así. Quizás suene cursi, pero tú, me completas.

Él le dio un beso en la cabeza y le dijo que intentara dormir, pero no podía. ¿Sería cierto lo que estaba intuyendo? Dando vueltas al asunto, finalmente, se durmió.

Se despertó sobresaltada y desconcertada, al no saber dónde estaba.

—¡Luci!

—Aquí estoy, tranquila.

—Creí que lo había soñado todo.

—Pues no.

Ella se levantó de la cama y se acercó a él.

—¿Puedo?

—Cómo te dije, no tienes que pedir permiso para besarme. Nunca lo has hecho. ¿Por qué empezar ahora?

La cogió con las dos manos del cuello, la miró intensamente y se besaron. En ese momento el móvil sonó. Al principio lo ignoraron pero como no paraba de sonar, contestó finalmente Lucifer. Cuando colgó...

—Ya te reclaman. Tu amigo Richard. No lo conozco, pero como le vi actuar anoche, me cayó muy bien. Ja, ja, ja...

—No lo conoces, pero te hablé de él en una ocasión. Aquél chico que conocí, le adiestré y coincidimos en un caso.

—Cierto. Está abajo esperándote.

Él bajó mientras ella se aseaba y se cambiaba de ropa. Aunque antes llamó a Teresa para pedirle que investigara una cosa. Después llamó a Hanna, ya que le había dejado un mensaje. Tenía la información que le había pedido sobre el agente federal Turner.

—¡Hola, soy Lucifer! Y tú Richard, ¿no? Encantado de conocerte. Gracias por lo de ayer. Una pregunta, ¿por qué me señalaste anoche?

—Porque me dijo Amanda que si tuviera algún problema, dijera que ella era tú chica.

—Mmmn chica lista. ¿Quieres un café?

—No gracias.

—Hola Richard, buenos días.

—¿Ya estás mejor? Me dejaste preocupado. ¿Es fuerte lo que descubriste?

—Lamentablemente, sí. ¡Anda vámonos a la comisaría!

Una vez allí...

—¿Se puede saber qué narices está pasando en esta comisaría que nadie hace caso? Soy el Capitán y les ordeno que busquen en estas coordenadas qué es lo que se halla aquí. ¡Hoolaa!

—Tenemos una pista muy buena. ¡Quiero un escuadrón y lo quiero ahora! ¿Qué quiere decir que no tengo autorización para ello? Soy el agente federal Turner y debe acatar mis órdenes. ¡Qué locura de comisaría!

—Ya le he dicho hasta la saciedad, que no trabajo para usted, sino para ella.

Amanda entró con Richard y preguntó qué sucedía.

—Tenemos una buena pista, Mandi —le dijo Alfred.

—A ver, ¿tenemos localizada a la sicaria? —preguntó Amanda.

—Eso intento que hagan estos dos inútiles.

—No les llame así y hágalo usted mismo.

—Le voy a suspender por subordinación a un superior.

—Usted no tiene ese poder, Capitán. Haga el favor de quitarse de mi vista. A ver chicos, acerquémonos todos aquí. Teresa, ¿me has traído los periódicos de esta semana? Perfecto. Gracias. Así, muy bien. Todos juntos, abierto en la sección de esquelas. ¿Qué veis diferente?

—¿Qué dice? ¿Voy a ser sustituido por otro agente? ¡No me toque las narices! ¿Ya no estoy en el caso?

—Chsss ¿se quiere callar? Algunos trabajamos.

En ese momento, se le acercó por detrás a Amanda el agente federal Turner, que pretendía colocar su mano en el hombro de ella, pero Richard le alcanzó y le retorció el brazo, el cual gritó colérico.

—¡Mire Turner! Le he soportado más de lo que se merece y en varias ocasiones ha rebasado mi límite pero se acabó. Le relevo de sus actividades en esta comisaría. Yo me encargaré en este momento.

—Ja, ja, ja ¿Qué tonterías está diciendo? ¿Usted?

—Sí, ¡yo! Y usted se va a ir a la Antártida a ver si se le baja esos aires de grandeza. Soy su superior y si tiene algún problema llame a la central, pero váyase de aquí y no moleste. A lo nuestro, ¿no veis nada raro? Pues desde el lunes hasta hoy viernes el asesino ha disminuido las muertes. De empezar la semana con 7, uno al día, a dejarlo hoy en 3, y estamos a viernes. Creo que va a parar, a no ser, que algún idiota salga por la televisión diciendo que esta acorralado.

—Pero Mandi, tenemos una buena pista, ¡sigámosla!

—¿Y quién os ha dado esa y las demás pistas, Tim?

—El confidente de Florián.

Todos tenían la cabeza bajada observando los periódicos que se hallaban en la mesa. Amanda levantó la vista muy despacio y se quedaron mirando con Florián, quien le susurró:

—Lo sabes. Te lo puedo explicar.

—¡Agentes! Arresten al Sr. Florián y llévenlo a la sala de interrogatorios —dijo dando un manotazo a la mesa.

Todos se quedaron boquiabiertos. ¿Qué se habían perdido? Nunca habían visto a Amanda tan enfadada.

—¡No fastidies que tenemos un topo y es uno de los nuestros! ¡No me lo creo! Se va a enterar. Voy a interrogarlo.

—Usted no va hacer tal cosa. ¿No ha entendido que llevo yo el caso?

Al cabo de unos minutos, Amanda entró en la sala de interrogatorios. Florián andaba de un lado a otro de la habitación. Ella le dijo que se sentara pero se negó y ella le empezó a decir.

—¿Desde cuando juegas a dos bandas?

—Siempre he estado de vuestro lado.

—Responde a la pregunta.

—Cuando fui a buscarte, había contactado conmigo. Necesitaba tu ayuda. Pero nunca te he fallado. Nunca le he visto, me llamaba al móvil con la voz distorsionada.

—¿Cómo te convenció para que le ayudases?

—Yo no le he ayudado de ninguna manera, solo quería arrestarlo. Para él es un juego, nada más. La relación es una de cal y otra de arena. Cuando había alguna operación que se iba a realizar para localizarlo, se lo hacía saber y él a cambio me daba una pista más para poder cazarlo. Creo que quiere que lo cojamos.

—¿Te estás oyendo? Cuando fui con Rodolfo.... ¿se lo dijiste?

—A medias. Me preguntaron si tú eras policía y les dije que no, sino una asesora pero que tu acompañante sí lo era. Y mi mentira se hizo más creíble cuando Rodolfo metió la pata y a ti se te ocurrió meter a tu ex, que sabían que era un civil.

—Creo que no te conozco. Has colaborado con un asesino.

—¡Pero para cogerlo!

—¿Eso es lo que te dices tú mismo? Menos mal que dimitiste porque sino, en estos momentos estarías suspendido y arrestado. ¿Cómo contactas con él?

—Tengo un número de móvil. Lo he intentado localizar, pero sin éxito. Es listo.

—Y tú, tonto. Has cometido muchos errores pero el peor fue, que cuando fuiste a pedirme ayuda, en ese preciso momento, tendrías que habérmelo contado todo.

—Lo siento.

—No me vale que me digas que lo sientes. ¿Sabes cómo me has defraudado? Fuimos y seguíamos siendo compañeros. Entre compañeros se cuentan todo para tener esa confianza mutua y tú la has roto. Puede que al contármelo desde el principio podríamos haber cambiado las cosas o puede que no. Eso ya no lo sabremos. ¡Dame el móvil!

Amanda le dio el móvil a Teresa que era experta, para ver si podía localizar el número que estaba grabado. Si por casualidad estuviera encendido, se podría localizar el GPS, pero no hubo éxito. Estaba claro que hasta que no llamasen no podrían hacer nada o al menos intentarlo. Esa espera la mataba, ¿qué haría hasta entonces? Puso a su equipo en alerta y que la llamaran en cuanto tuvieran algo.

La mejor forma de Amanda para quitar el estrés, la impaciencia, era el deporte y eso decidió hacer. Se fue a la que ahora era su casa, encima de la discoteca Infierno. Se puso unas mallas, un top, unas deportivas y se fue al gimnasio particular que tenían, donde ella practicaba años atrás. Estaba dándole a un saco de arena con los puños y las piernas, cuando apareció Lucifer. Se le quedó mirando unos minutos apoyado en la pared.

—¿Un día estresante?

—Pues sí y lo está pagando este saco.

—Hay formas mejores de quitarse el estrés.

Paró de dar golpes y él se acercó. Se miraron fijamente.

—Creía que no estabas preparado, Luci.

—Lo estoy desde que te vi.

Ella se quitó los guantes y muy despacio, le fue soltando cada botón de la camisa. Después le tocó el torso tan marcado como siempre lo había tenido.

—¿Cuántas mujeres te habrán tocado!

—Ninguna me ha hecho sentir como cuando tú me tocas.

Él la cogió del cuello y la empezó a besar muy despacio hasta que sus bocas se aceleraron. Él le quitó el top, la cogió en brazos sin parar de besarla y allí, en el gimnasio, se fundieron en un solo ser.

Al finalizar se ducharon, se tumbaron en la cama y durmieron abrazados, hasta que al poco tiempo el móvil de Amanda sonó. Ella lo cogió de inmediato.

—Soy el agente Reynolds, señora. El móvil ha sido utilizado y les tenemos localizados. ¿Qué hacemos?

—Sin llamar la atención, vayan al lugar de encuentro y esperen mis órdenes para cuando llegue. Pase usted a por mí, por favor. Estoy en la calle 32, en frente de una discoteca llamada “Infierno”.

—De acuerdo. Voy para allá.

—Me tengo que ir. —dijo Amanda.

—Ten cuidado, ¿eh?

—Como siempre.

Le dio un beso, se vistió y se fue al lugar de encuentro. Solo esperó unos cinco minutos. Cuando llegaron, estaban ahí esperándola. Era un camping a las afueras de la ciudad. El móvil estaba en una tienda de campaña, en la que había dos cadáveres.

—Conozco a estos dos. Fueron los que nos contrataron para localizar a la sicaria, buscar su documentación. A ver, uno se llamaba Zacarías y el otro... Yaima. No entiendo. Algo se nos escapa. ¿Por qué los ha matado? Debe de haber alguna razón. Llamen al forense para haber si nos ilumina.

Antes de irse...

—Disculpe señora, hemos encontrado una nota en la tienda de campaña que va dirigida a usted.

«A la atención, de la agente federal Amanda:

Has estado a punto de cogermme, pero será en otra ocasión. Te dejo estos dos regalitos. Vigila a tus seres queridos, amigos y compañeros de trabajo, ya que a ti no te puedo matar.

Hasta pronto.»

—¿Pero qué narices significa esto? Recojamos todo y vayámonos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Una vez en la comisaría, Amanda no dejaba de darle vueltas y vueltas en la cabeza del por qué esa nota a ella. «¿Acaba de amenazar a mis seres queridos? ¿Lo he entendido bien? ¿Por qué dice que no me puede matar? ¡Esto de intentar meterse en el cerebro de un psicópata cansa mucho!»

Habían pasado varias horas desde que se fue de casa y Lucifer la había estado llamando constantemente, pero ella tenía el móvil en silencio así que decidió ir a la comisaría.

—¿Disculpe señora! Hay alguien que ha venido a verla y ha dicho que no se iría sin hacerlo. Se hace llamar el señor X. Lo he llevado a su oficina.

—¿Y cuál es mi oficina? Creí que no tenía.

—La del Capitán Carter.

Amanda estaba intrigada. ¿Señor x?. Al entrar en el despacho...

—¿Luci! No había caído. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? ¿No miras el móvil o qué? Llevas mucho tiempo sin estar en esta relación. Yo no he olvidado las “reglas” que teníamos. Después de cada redada o expedición me tienes que mandar un mensaje o llamar para decirme que estás bien. ¿Qué quieres que me dé un infarto?

—Tienes razón, tienes razón, lo siento Luci. Es que estoy tan metida en este caso, tan confusa, después de los últimos acontecimientos... Han amenazado en toda regla a mis seres queridos, empezando por ti. Haz el favor de cuidarte mucho, que Peggy esté más alerta de lo acostumbrado.

—¿Decirle qué a Peggy? ¿Quieres que me mate ella?

—Ja, ja, ja... tienes razón y después me mataría a mí por decirte a ti que se lo dijeras. Me has sacado una sonrisa, gracias.

—De nada, para eso estoy. A ver, ¡cuéntame!

Amanda, le relató los acontecimientos recientes.

—¿Por qué mató a esos dos? ¿Por qué no me puede matar a mí? ¡Claro! ¿Cómo es que he estado tan ciega? ¿Cuándo salen los periódicos? Faltan dos horas. ¡Teresa, ven! Quiero que me consigas el periódico en cuanto salga y me lo traigas de inmediato por favor. ¡Ya lo tengo, Luci! El problema es que si estoy en lo cierto, se me ha escapado. Ella se me ha escapado. Sí, es una mujer. ¡Tim! Reúne a todos en la sala de conferencias. Voy enseguida. ¡Lo siento, Luci! Me tengo que ir. Ya te contaré cuando llegue, que será tarde.

—¡Esta es mi chica! Tranquila que Peggy está esperándome fuera. Ya sabes que tiene una especie de alergia a la comisaría. Pero sabes que no me hace falta protección.

Antes de salir del despacho, miró por todos los lados y le dio un beso en los labios. Yendo a la salida se encontró cara a cara con el federal Turner, que le dijo:

—¡Cuidado que tienes una rata a tu izquierda!

—Es imposible, esta comisaría está más limpia que la patena.

—Ja, ja, ja, ya lo he entendido —dijo Richard, que pasaba por ahí.

Una vez todos en la sala de conferencias...

—Quiero que den una alarma general para que se pueda encontrar a la psicópata que ha estado matando todos estos meses. Sí, es una mujer. Es la sicaria que teníamos que localizar. La tuvimos tan cerca... Ya he dado el retrato a nuestro dibujante, aunque lamentándolo mucho, no será de mucha ayuda porque supongo que todo en ella era falso.

—¡Disculpe señora! ¿Pero cómo sabe que es una mujer?

—Por la nota que dejó para mí. Un hombre es más tajante, escribiría una nota sin rodeos y en vez de decir que me deja dos regalitos, sería dicho “regalos” sin el diminutivo. ¿No le parece? Y si no me equivoco... Gracias Teresa, a ver las esquelas hoy lunes... no hay ninguna en esta ciudad, bueno, sí una mujer de 98 años, vamos, dentro de lo normal, pero el nombre de la fallecida, no es cronológico, empieza por R, de Ramona. Si mañana martes está igual será que ella ha dejado de matar. Los dos compinches suyos, los eligió por un motivo, por sus nombres: Yaima

y Zacarías. Las dos últimas letras del abecedario, para terminar, hasta que vuelva a empezar por la B. Su lógica es que no puede matarme porque mi nombre empieza por A igual que el de ella. ¿Por qué lo hace? Vayan ustedes a saber, algún trauma que tuvo en su infancia o algo así. Lo que sí sé, es que tenemos que tener mucho cuidado. La atraparemos. Eso es todo. Vayan a descansar que llevan mucho tiempo aquí. ¡Capitán Carter, agente Reynolds y Turner, quédense por favor!

—Usted Turner, no iba en broma cuando le dije que lo traslado a la Antártida para que esos humos que tiene, se los baje. Se lo va a pasar en grande, en verano habrá unas 4000 personas y en invierno 1000, además de focas y pingüinos por supuesto. Y usted, Capitán Carter, lo traslado a un pueblecito casi abandonado donde solo hay gente mayor, ninguna jovencita que pueda silbar, bueno, la más joven tiene 75 años. Necesitan a un policía en ese pueblo y pensé en usted. Así que hagan las maletas que ya se están yendo. Y si por alguna casualidad no querrían ir a sus nuevos destinos, dejen sus placas sobre la mesa. No se molesten en hacer alguna llamada porque nadie les ayudará. Se han comportado los dos como auténticos capullos. Y ahora, márchense. En cuanto a usted, Reynolds, le voy a dar la oportunidad de estar en el puesto de su ex jefe Turner. Espero que sea más tolerante y con dos dedos de frente.

Antes de salir de la oficina, hizo un par de llamadas.

—¿Eh Teresa, Tim! ¿Qué hacéis que estáis recogiendo vuestras mesas?

—Como te dijimos, solo hemos vuelto por ti y ahora que te vas, nosotros también.

—¿Y quién os ha dicho que me voy? Yo me quedo, claro está si me queréis de compañera de nuevo.

—¡Claro que sí! Pero el Capitán... ¿O vas a ser tú?

—No, no, yo seré una más. Alguna vez tendré que irme un par de días cuando me reclamen pero volveré de nuevo. En unos días, vendrá un nuevo Capitán. No pongáis esas caras, os aseguro que os gustará. En cuanto a ti, Rodolfo... no sé qué hacer contigo, francamente. Eres un buen policía aunque tu forma de relacionarte deja mucho que desear. Espero que no me equivoque dejándote aquí, si tú quieres, sino ya sabes dónde está la puerta.

El agente federal Turner no hizo caso a la recomendación de Amanda e hizo una llamada telefónica a su jefe, con el cual tenía mucha confianza.

Éste le dijo, que no podía hacer nada, tenía las manos atadas. En esta ocasión, había hecho enfadar a la persona que no debía. Para que se hiciera una ligera idea, Amanda era su superior. El Agente Turner, agachó la cabeza y se fue a donde le habían adjudicado.

—En fin chicos, ¿qué os parece si vamos a tomar algo? El día ha sido muy largo y complicado. ¿Os venís todos? ¡Genial!

Amanda le mandó un mensaje a Lucifer diciéndole los planes que tenían para que no se preocupara y que no le esperase despierto, ya que llegaría tarde.

Cuando llegaron a un bar, comenzaron a pasárselo en grande y toda la tensión acumulada en los últimos días, se desvaneció como arte de magia.

—¡Oye Mandi!

—¡Dime Richard!

—¿Qué le ha hecho Lucifer al agente Turner? ¿Me equivoco o le ha hipnotizado? Cada vez que se dice en su presencia “ratas” dice que está más limpio que la patena.

—Sí, así es. El agente Turner, llevó una rata a la discoteca de Lucifer para así llamar después al de sanidad y cerrárselo, pero él se dio cuenta de su intención y lo hipnotizó. Quería que participara en la misión sí o sí.

—¿Qué hombre más autoritario! En fin, relátame cómo conociste a Lucifer.

—¿Tienes tiempo?

—Todo el que quieras.

—Bueno, pues lo conocí hará unos cuatro años. Llegué aquí con una misión y me incorporé como infiltrada. Les hice creer a todos que era policía, que había sido trasladada. En la comisaría estaban con un caso el cual yo iba detrás desde hacía meses. Ellos acababan de empezar y en poco tiempo consiguieron más que yo. A ver, yo tenía información de que ellos no tenían y a su vez, ellos sabían cosas que yo no sabía, así que quise trabajar conjuntamente sin tener que quitarles el caso, porque como sabes a mí no me gusta hacer eso, a no ser que me obliguen como en este caso fue con el agente Turner.

—¿Qué emocionante! Continúa.

—Pues bien, la primera vez que vi a Luci, fue en su discoteca. Habíamos salido varios compañeros para tomar algo y así aprovechamos para conocernos mejor. Cuando entramos, la verdad sea dicha, que no me percaté de su presencia, observaba más lo que había a mi alrededor. Nos sentamos en una mesa y pedimos. Al poco tiempo, Teresa y yo nos apeteció bailar. Fuimos a la pista. Yo daba vueltas sin parar y cuando me detuve, me lo encontré cara a cara. Estaba un poco mareada como era lógico, y él me sujetó por los hombros diciéndome:

—Tienes que tener cuidado o te caerás. ¿Quieres sentarte? Todo está muy concurrido pero yo tengo un lugar solo para mí. ¿Vienes?

—No gracias, yo también tengo una mesa y mis amigos me están esperando.

—Pues un consejo te voy a dar. Si no sabes beber, no lo hagas.

—Y yo, te daré otro consejo. Infórmate antes de meter la pata. Yo no bebo alcohol. ¡Vamos Teresa!

—¿No te parece que está de buen ver?

—¿A qué te refieres?

—¡Venga ya! No me digas que no te has dado cuenta. ¡Míralo bien! ¿Qué medirá? 1,80 por lo menos, corpulento, ojos... bueno la verdad no he podido distinguir en la oscuridad de qué color son pero, tiene una mirada tan penetrante que no sé a ti, pero a mí me ha hecho estremecerme y esa barba rasurada... Y va muy bien vestido, informal pero elegante a la vez, con ese traje negro o azul marino, la camisa blanca que lleva el primer botón desabrochado... Parece que tiene músculos pero no exagerados, sino los justos.

—Pues sí que le has dado un buen repaso. ¿A qué esperas? Ve a por él.

—Lamentablemente no se ha fijado en mí, sino en ti.

—¿En mí? ¡Qué va! ¡Míralo como está ahí sentado en ese sofá tan raro que parece una media luna! Ahí lo tienes rodeado de un montón de mujeres. A ese le sobran, parece que las colecciona. Rubias, morenas, pelirrojas... hasta hay una con el cabello verde. Conmigo, que no cuente. Me voy al baño, ¿te vienes? ¡Vamos entonces!

Menuda cola que había para ir al baño de las chicas y no había nadie en el de los chicos, para variar. A Teresa no se le ocurrió otra cosa que entrar en los baños de ellos ¡Qué vergüenza! Como le dije, no me esperaba una reacción así de ella. En fin, pues entramos. Había dos hombres dentro que se fueron enseguida al vernos y ya no entraron más, pero curiosamente más chicas, sí. Cuando salimos, estaba Luci apoyado en la pared con el pie derecho flexionado hacia atrás y con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Tenía una mirada que quitaba el hipo.

Comprendí que él no dejaba que entraran más hombres. Cuando la cola se redujo, los dejó pasar, con su correspondiente disculpa, a lo que ellos comprendieron.

Teresa y yo nos íbamos cuando él me cogió del brazo. Me pidió un baile por el favor que nos había hecho, yo estaba indecisa, pero Teresa me dio un pequeño empujón y dijo que sí.

—Entonces fue ella la celestina.

—Pues sí.

—¡Hola! ¿De qué habláis tanto?

—Pues estoy contándole a Richard como conocimos a Lucifer e hiciste de celestina.

—¡Ah sí! ¡Cuánto tiempo ha pasado! Pero lo vuestro sigue. Hice un buen trabajo. ¿Por dónde vas?

—Cuando me pidió bailar.

—Ya me acuerdo. Fue una escena muy cómica.

—¿Por qué?

—Pues porque me saca unos diez centímetros de estatura. Claro que llegaba a ponerle los brazos en sus hombros, pero se me cansaban. Él me decía que no hacía falta que los pusiera, me abrazaría y bailaríamos pero yo quería que entre los dos pasara el aire.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Pues bailamos subiendo y bajando los brazos.

—En ese preciso momento, él intentó hipnotizarme (eso lo supe cuando empecé a salir con él y me lo confesó) pero no tuvo éxito.

Me miraba fijamente y me preguntaba con una voz muy sensual una y otra vez si quería besarle. Yo le contestaba que no. Nos paramos en seco, colocó sus manos en mi cuello y me preguntó si tenía pareja, porque a lo mejor no funcionaba si mi corazón tenía dueño pero al decirle yo que no, se sorprendió.

Le dije que ya estaba cansada de su juego y me fui con los compañeros. Cuando me senté, Teresa me dijo que no paraba de mirarme.

Todos los de mi mesa estaban a lo suyo, miré hacia donde estaba Luci. Éste se estaba besando con la chica que estaba a su derecha y después con la que tenía a la izquierda.

Así que pensé para mí misma lo tonta que había sido por haber pensado en él por un minuto. El resto de la noche me dediqué solamente a mis compañeros. Cuando nos fuimos, ni miré hacia atrás. Aunque Luci me contó, que me vio irme.

—Bueno, ¿y cuándo lo volviste a ver?

—Al cabo de un par de días, en el gimnasio que está cerca de su discoteca. Me la recomendaron nada más llegar ya que tenía las mejores instalaciones y claro está, Luci iba a ella casi todos los días como yo, pero nunca habíamos coincidido. Por lo que parecía él iba por las mañanas y yo cuando salía de trabajar, por las tardes. Pero ese día coincidimos por la mañana. Cuando entré no le vi, pero él a mí sí. Me cogí mi toalla para secarme el sudor y un botellín de agua. Comencé en la máquina de caminar y correr. Él estaba en un pequeño ring que hay, boxeando con un amigo. No sé cuánto estuve en la máquina, puede que una media hora, después me puse hacer algo de remo. Cuando acabé se me acercaron dos tipos llenos de músculos que habían estado haciendo pesas constantemente y me hacían comentarios poco acertados. En ese momento se acercó Lucifer, les dijo que me dejaran y se fueran por donde habían venido. Yo le dije que no hacía falta que me defendiera, que yo me bastaba. Coloqué mi mano en el hombro de uno de ellos, apreté un poco y cayó redondo al suelo. A su vez, Lucifer le miró fijamente al otro, le susurró que durmiera y cayó al suelo también. Nos miramos fijamente.

Él se me acercó y le puse mi mano en su torso desnudo para pararle. No tenía ningún pectoral del estómago sin marcar. Era una auténtica tableta de chocolate. Mirándole a los ojos le dije.

—No quiero ser parte de la colección de chicas que tienes.

—No serías de la colección, sino la única. Pero tranquila, no volveré a molestarte —me dijo levantando las manos y yéndose. Me dejó descolocada.

Pasaron unos días y así fue, no supe nada de él. Me enfadé conmigo misma porque no me concentraba en el trabajo y solo deseaba verlo. Un sábado por la noche, fui a su discoteca, necesitaba verlo y comprobar una cosa. Lo buscaba pero no lo hallaba. No estaba sentado en el sofá como siempre. Miré hacia arriba y le encontré hablando con un señor, al lado de la barandilla. Ahí, justamente ahí, supe que estaba enamorada de él. Mi corazón al verlo, se puso a latir muy deprisa. Me fui acalorada.

El caso estaba casi resuelto y en la comisaría sabían quién era yo. Me llevaba genial con todos ellos y sobre todo con el Capitán Pétersson.

Tenía que resolver mis sentimientos hacia él para tomar una decisión u otra en mi vida. Así que una noche, fui a la discoteca y nada más entrar fui a buscarle.

Primero me fijé en el sofá y allí estaba, sentado en el centro rodeado de varias chicas. Respiré hondo y me acerqué. Me puse delante de él, levanté mi mano y le pregunté si quería bailar. Él se me quedó mirando fijamente, me cogió de la mano, se levantó y nos fuimos a la pista.

—¿Cómo quieres bailar? —me dijo él.

—Que no pase el aire. Acurrucada en tu pecho y abrazándome.

Ahí lo dejé descolocado, pero así lo hizo. Yo estaba genial, me sentía tan protegida en sus brazos. Oía su corazón que latía tan deprisa como el mío y sonreí. No sé durante cuánto tiempo estuvimos bailando, ya que cuando terminaba una canción nosotros continuábamos. El tiempo no existía, bueno, hasta que una chica nos interrumpió harta de esperar que termináramos y me echó su copa en toda mi cara.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Teresa, que esta parte la desconocía.

—Lo primero que se me ocurrió, que no siguiera bebiendo ese cóctel que era muy dulce y le iba a pegar a la cabeza.

Lucifer hizo un gesto con la cabeza y apareció Peggy, ya la conocéis, es su guardaespaldas. Se la llevó.

—Puff... cómo me ha puesto. Estoy toda mojada. Voy a ver si me puedo secar o mejor voy a mi hotel y vuelvo.

—Tienes otra opción. Ven a mi casa, está en el piso de arriba, mientras te aseas pondré tu ropa en la secadora. Tranquila, seré bueno y no miraré.

—No sé... Bueno, vamos. No se me había ocurrido que vivías aquí.

—Pues es genial, nunca llego tarde al trabajo. Casa arriba, trabajo abajo.

—Sí, muy práctico. ¡Cuánta seguridad! Para abrir el ascensor pones tu huella dactilar.

—Pues claro, sino entraría todo el mundo. Aquí entra solo quien yo quiero. ¡Vamos, pasa!

La casa es muy espaciosa. Me acompañó a la habitación de invitados. Me quité la ropa, me puse una bata y se la di para lavarla ya que estaba toda pringosa. Después, la pondría en la secadora.

Me duché y me dio alguna ropa suya que por supuesto, me estaba muy holgada. Fuimos al salón, preparó algo ligero para cenar y nos pusimos a hablar.

—Yo le dije que si tenía que irse, que se fuera, que hiciera su trabajo que a mí no me importaba quedarme sola. A lo que me contestó, que lo más importante en ese momento, era yo.

—¡Madre mía! Yo quiero uno igual. ¿Tiene algún hermano?

—Lo siento Teresa, es hijo único.

—No tengo suerte.

—Ja, ja, ja... Un día lo encontrarás, cuando menos te lo esperes. Ya lo verás.

—Cruzaré los dedos. Pero bueno, ¡dime!, ¿qué pasó después?

—Bueno chicas, yo os dejo. Mi curiosidad de cómo os conocisteis, ya ha sido saciada. Creo que lo que va a continuar se va a poner romántico así que, no me interesa. Voy a tomar algo y me pondré a hablar con los chicos.

—¡Sigue!

—Bueno, pues en ese momento, nos presentamos.

—¿No habíais tenido la ocasión de deciros ni si quiera vuestros nombres?

—Pues no.

—¿Cómo fue la escena?

—Pues estábamos cenando y yo le dije como me llamaba y él me dijo...

—Me llamo Lucifer.

—¿En serio? Menudo nombrecito. ¿Eres tan malo?

—Tendrás que conocerme para saberlo.

—Pues de momento, lo que conozco, me gusta. Me puedes llamar Mandi, así me llaman mis amigos. ¿Tienes diminutivo?

—No. Todos me llaman igual.

—Mnnn yo te llamaré... Luci.

—Me parece nombre de mujer, pero si me quieres llamar así, te dejo. Encantado, Mandi.

—Encantada, Luci.

—Y nos dimos dos besos, en la mejilla. Me parecieron eternos, como si se hubiera parado el tiempo. Siempre que estoy con él tengo esa sensación. En fin, seguimos hablando toda la noche. Le dije que era un agente federal, a lo que él no se sorprendió. Me dijo que lo sospechaba ya que me había estado observando. Le parecí una mujer muy segura de mí misma, sabía técnicas de paralización, a lo que seguramente tenía conocimiento de algún tipo de artes marciales... ¿y sabes lo que le llamó la atención de mí? Qué no caí en sus redes. Se lo puse difícil. Estaba habituado a que chica que conocía, tenía, y yo no. Pero al ver mi constante negativa lo dejó de intentar. Entonces, me interesó él a mí. Cosas que pasan. Estuvimos hablando hasta el amanecer. Él me invitó a quedarme a dormir en la habitación de invitados. Era muy tarde y accedí. Me dio la parte de arriba de un pijama suyo de raso negro y él se puso la parte de abajo. Nos dimos las buenas noches y nos fuimos cada uno a nuestra habitación. Al día siguiente, domingo, pasamos juntos el día. En cuanto terminamos de desayunar, me llevó a mi hotel. Me cambié de ropa y volví con él. Fuimos a dar una vuelta, comimos y volvimos a su casa. Allí seguimos hablando.

—¿De qué más podríais hablar?

—Pues de mi futuro en esta ciudad. Recuerda que me quedaba hasta que se resolviera el caso y después me iría de nuevo.

—Cierto. ¿Y qué pasó?

—Estábamos sentados en el sofá y le comenté que en breve, me tendría que ir a lo que él me dijo.

—¿No hay posibilidad de que te quedes?

—Claro que hay posibilidad pero, dependería... de ti. Bueno, de nosotros.

—No entiendo.

—Con el trabajo, no hay problema porque no creo que hubiera inconveniente de que me quedara en la comisaría, alojamiento tampoco, me iría del hotel en el que estoy y me buscaría un apartamento.

—¿Entonces?

—Dependería... de nuestra relación. Me miras con incredulidad.

—Pues sí, porque si pende de nuestra relación... yo estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi dando vueltas como una peonza en la pista de baile. Y no creas que se lo digo a todas, de hecho, eres a la primera a quien se lo declaro.

—Mnnnn que bonito. Yo también estoy enamorada de ti. Sí, es verdad que a mí me costó darme cuenta un poquito más. Aunque nunca nos hemos... ya sabes.

—Nunca hemos... ¿Qué?

—Besado.

—Yo lo deseo desde hace mucho tiempo.

Y sin mediar palabra, me cogió del cuello, se me acercó lentamente y nos besamos. Recuerdo ese beso como si hubiera sido ayer, y de hecho, en todos los momentos en los que nos besamos son hasta mejores. Cuando paramos, le dije.

—Tenemos que poner unas reglas para que esta relación funcione.

—Mnnn espero que no sean muy duras. ¡Dispara!

—Tú también puedes poner reglas. La mía es la siguiente. Entiendo que llevas una discoteca de moda y como tal tienes que aparentar estar disponible pero, sin estarlo. ¿Me entiendes? De acuerdo que estés rodeado de bellas mujeres pero, sin besos ni tocamientos.

—Mnnn me parece una regla muy entendible y lógica pero para tu tranquilidad, no tenía previsto hacerlo. Siempre lo he tenido muy claro que el día que me enamorase, solo existiría ella en mi corazón. Ahora pongo yo una regla para ti. Cada vez que vengas de una misión, me tendrás que mandar un mensaje o llamarme de que estás bien. ¿De acuerdo?

—Hecho. Y por supuesto en una relación, siempre me ha parecido muy importante la comunicación.

—Eso lo doy por sentado porque si no hay comunicación, no hay confianza, y las relaciones se van al traste. Vale, pues entonces todo solucionado.

Y nos volvimos a besar, hasta que nos fuimos cada uno a nuestras habitaciones a dormir. Te confieso, que después de aquello, sueño no tenía. No hacía otra cosa que dar vueltas y vueltas en la cama. Me levanté con mi medio pijama y me fui a la cocina a prepararme un vaso de leche calentita, que dicen que hace relajarte y dormir. Parece que Luci pensó lo mismo y nos encontramos.

Coincidimos en la cocina. Nos miramos unos segundos y nos preparamos la leche. Casi ni nos dirigimos la palabra. Cuando tuvimos nuestros vasos, nos volvimos a dar las buenas noches y entramos en nuestras habitaciones. En cuanto cerré la puerta, me apoyé en ella y me quedé como una tonta con mi vaso en la mano, pensando en él. Reuní fuerzas y decidí ir hacia su habitación. Yendo para allá, él abrió su puerta y se quedó allí viéndome ir hacia él. Una vez frente a frente, me alargó su mano, yo se la cogí y entramos en la habitación y... fin.

—¿Fin?

—Claro Teresa, eso ya es parte de nuestra intimidad.

—¡Qué pena! Pero la imaginación hace el resto ja, ja, ja.

—Y así Teresa, le conocí a Lucifer y comenzamos nuestra relación. ¿Te ha gustado?

—Sí.

—¿Qué te parece si nos vamos ya a casa? El día ha sido largo y la noche también. ¡Eh chicos, nosotras nos vamos ya!

—Nosotros nos quedamos. Buenas noches o días, creo que ya son.

Las dos cogieron un taxi. Cuando llegó Amanda a casa, estaba agotada. Luci seguía levantado. Se fueron juntos a dormir.

—Esta noche, les he contado a Richard y a Teresa como nos conocimos y bueno, la primera noche que pasé contigo.

—¿Se lo has relatado... todo?

—Nooo. A Richard le he contado como te conocí y se fue. Luego me quedé con Teresa y le conté hasta la primera noche que pasamos juntos sin llegar a...

—¿Dónde te quedaste?

—¿Quieres que lo vivamos de nuevo? Pues ponte la parte de abajo del pijama de raso negro que tienes y yo, me pondré la parte de arriba.

Muy bien. Estábamos de pie los dos aquí.

—Si. Y...

—Yo te tocaba cada pectoral, cada músculo de tu cuerpo.

—Mnnn demuéstremelo que no lo recuerdo bien.

—Parece que no hayan pasado los años por ti. Sigues igual.

—Hay que mantenerse en forma. Tú sí has cambiado. Estás más guapa.

—¡Adulador!

Sin pedir permiso, ella lo besó y a partir de ahí, ya no pararon e hicieron el amor ardientemente.

Al día siguiente, se tomó el día libre y trasladó todas sus cosas de la habitación de invitados, a la de Lucifer. Este no paraba de sonreír.

—Me alegra tanto que estés de nuevo en mi vida.

—Yo también. Cuando fuiste a verme a la comisaría, me recordaste una de nuestras reglas, así que te voy a recordar yo otra. Tenemos la suerte ambos, que no somos celosos pero, las chicas que se ponen a tu alrededor, son modelos, mero adorno, esos labios no pueden besar a otros que no

sean los míos, ¿lo recuerdas, verdad?

—Sí, y ahora mismo, mis labios están reclamando los tuyos, así que dales ese placer.

Los dos se fusionaron en un largo y apasionado beso. El día entero se lo dedicaron a ellos mismos. Hablaron de mil cosas, poniéndose al día.

—Me gustaría hacer algo de deporte. ¿Te apuntas? ¿Sigue estando el gimnasio a la vuelta de la esquina?

—Sí. Nos vestimos para la ocasión y vamos a quemar un poco.

—Voy a llamar a Richard para que venga. Y después podríamos ir a cenar todos juntos. ¿Te apetece? Quisiera darle las gracias por cubrirme las espaldas y así él ya puede irse.

—Claro que sí, no me importa en absoluto. ¡Vamos a prepararnos! ¡Llámallo!

En una hora ya estaban los tres en la puerta del gimnasio. Trabajaron muy duro. A los chicos les dieron más a las pesas y ella bicicleta, fuerza de brazos y algo de boxeo.

Cuando salieron los tres sudorosos, iban hacia las duchas cuando pasaron por una especie de cabina rectangular espaciosa, con las cuatro paredes transparentes, en el que daban clases de artes marciales.

Eran niños con edades entre 7 y 12 años. Algunos padres los observaban desde fuera. El maestro llevaba cinturón negro. Todos estaban en posición de ataque. El maestro pasaba por detrás de cada uno de sus alumnos y a algunos de ellos les daba una estocada con su pie en la pantorrilla. Contenían el dolor que le causaba y no decían nada. Cuando pasó por un niño que tendría entre siete u ocho años, le dio en la pierna y cayó redondo quejándose y llorando. El maestro miró a los demás alumnos y estos comenzaron a reírse.

—¡Vamos, levántate! Eres la vergüenza de la clase. No sé qué voy hacer contigo.

—En verdad, este hijo mío no sirve para nada.

—A lo mejor el que no sirve para nada es usted.

—No te metas Mandi —le susurró Richard.

—No hay derecho que su propio padre lo permita.

—Usted no se meta señora. Yo sé lo que le conviene a mi hijo.

—Uy la que se va a armar —dijo Lucifer. No va a tardar nada, cuenta atrás 5, 4...

—Ya te digo 3, 2...

—Usted no tiene ni idea. ¿Qué clase de padre permite que le humillen y peguen a su hijo así?

—Se ha adelantado un segundo. Antes de lo previsto. —dijo Lucifer.

—Mi hijo necesita mano firme. Es el típico niño que le pegan en la escuela. Tiene que aprender.

—¿Aprender a qué? ¿A que le peguen más? ¡Anda vamos no me fastidie!

Ni corta ni perezosa, se quitó las zapatillas de deporte sin desabrocharse, los calcetines y entró

en la sala, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Pero quién se ha creído esa? Le voy a...

Fue con intención de entrar en la sala, pero le pararon Richard y Lucifer. Éste último le dijo.

—Esa, como usted la llama tan despectivamente, es la maestra de los maestros. Es quinto Dan en cinturón negro, así que haga el favor de quedarse ahí quietecito y observe.

—¡Eh señora! Esta es una clase privada. Espere fuera hasta que su hijo termine.

—Mi hijo no estaría en esta clase ni borracha. Es usted un mal maestro y deshonor el cinturón negro que lleva puesto.

Ella se acercó al pequeño.

—¿Estás bien cariño? Tranquilo, ¿puedes mover la pierna? Muy bien. ¿Por qué os reís de vuestro compañero? ¿Os gusta que se rían de vosotros cuando lo hacéis mal? ¿A que no? Pues no hagáis lo que no queráis que os hagan a vosotros. Habrá que resetearos. Todos sois una piña y os tenéis que apoyar los unos a los otros. No sois enemigos.

—¿Qué tonterías está diciendo? ¡Salga de mi clase!

—El que va a salir es usted de una patada.

—Eso ya lo veremos. ¡Bueno niños, vais a ver una competición como Dios manda! Intentaré no hacerle daño.

—Y no lo hará porque no me tocará ni una sola vez.

Dicho y hecho. El maestro intentó pegarla en varias ocasiones pero ella se agachaba, se retiraba hacia la derecha o izquierda.

Parecía que estaba espantando moscas. Cada vez se irritaba más al ver que no acertaba y ese fue su error. Ella se agachó, estiró su pierna derecha, la adelantó hacia donde estaba él y le hizo caer al suelo. Ella se levantó y mirándole desde arriba le preguntó si se rendía a lo que él afirmó. En cuanto le dio la espalda, él se levantó, la cogió del cuello a traición y le susurró en el oído que ya era suya. Amanda levantó la pierna izquierda muy recta y le golpeó la cabeza, se abrió de piernas y con la derecha se metió entre las piernas de él, que al girar, le hizo caer besando el suelo y se golpeó en la nariz.

No le provocó sangre porque ella no quiso, al no rematarlo, pero lo dejó algo atontado cuando se levantó.

—Me siento humillado, me voy de aquí. A ver si encuentran alguien mejor que yo.

—Eso será muy fácil, créame. Le iré vigilando. ¡Fuera de mi vista! Bueno chicos, hoy termina la clase antes. Iros a descansar y por favor, pensad en lo que os he dicho, ¿de acuerdo?

Mientras salían, el padre del niño entró a recogerlo.

—¡Vamos Carlos, hijo! Siento haberle hablado mal Sensei. Quisiera que le diera clases a mi hijo, por favor.

—Lo siento, pero no me dedico a ello. Le puedo dar varios nombres de buenos maestros. Cuide bien de su hijo. Adiós Carlos.

—Ala Mandi, ya has hecho la buena obra por hoy. Eres única, ¿lo sabías?

—No digas tonterías Richard, tú también lo hubieras hecho y Luci. Vamos a ducharnos que la reserva es dentro de dos horas y tenemos que prepararnos.

Se lo pasaron en grande contando anécdotas pero, la hora de la despedida llegó.

—Muchas gracias Richard, por ayudarme.

—Pero si no he hecho nada. Cuídate amiga mía y si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo.

—Ha sido un placer conocerte, Lucifer. Cuidaros mucho.

—Lo mismo. Adiós.

—Bueno cariño, ¿nos vamos a casa? —dijo Lucifer.

—Claro. Mañana madrugo que vuelvo al trabajo.

—¿Cuéntame qué planes tienes!

—Pues seguiré trabajando en la comisaría. De momento seré la jefa hasta que venga el nuevo Capitán, que espero sea pronto, porque ya sabes que no me gusta ser la jefa. Seguiré con mi novio al que quiero y bueno, un día, espero que no muy lejano atrape a la sicaria. ¿Qué te parece?

—Buenos planes, sí.

Al día siguiente, amanecieron abrazados los dos. Despertaron al unísono y se contemplaron fijamente.

—Nunca me cansaré de mirarte cariño.

—Es recíproco, Luci. En fin, a levantarse se ha dicho, pero que sepas, que lo hago en contra de mi voluntad, ja, ja, ja.

Cuando llegó a la comisaría, esta vez, sí tuvo la sensación de estar como en casa. Esa sí era su comisaría, la que dejó años atrás.

—Buenos días a todos. ¿Cómo va todo? ¿Alguna novedad?

—No, por ahora.

—De momento, estaré en la oficina del capitán hasta que llegue el nuevo. Cualquier duda que tengáis o necesitéis, ahí estaré.

Los días pasaron sin ningún percance y por fin, el nuevo capitán hizo su aparición. Todos estaban a la expectativa, excepto Amanda, que sabía quién iba a ser.

—Bueno chicos, os presento al Capitán Péterson, Bill para los amigos.

—¿Capitán? ¿Ya no está jubilado? ¿En serio que se queda?

—Sí. Estaré aquí hasta que yo lo diga y no cuando otros me obliguen. Veo que no falta nadie... bueno, ¿y Florián?

—Él dimitió Bill y de momento, aunque él quisiera volver, no podría hacerlo. Colaboró por cuenta propia y sin decir nada a nadie, con el enemigo.

—De acuerdo, ya quedaré con él para hablar. Bueno pues a trabajar se ha dicho.

¡Ven Mandi! Quería darte las gracias por todo, por mí y por volver a mantener esta comisaría en orden.

—Si no te importa, voy a estar a tus órdenes, porque me quedo a trabajar aquí.

—Por supuesto que no me importa y tú nunca estarás a mis órdenes, aparentarlo sí, pero en realidad, no. Gracias amiga.

—De nada, amigo. Hoy voy a salir una hora antes que tengo un compromiso, pero mañana aquí estaré puntual, Capitán. Y... bienvenido, de nuevo.

Amanda había quedado con Lucifer. Éste había hecho unas reformas en la discoteca y en la casa. Esa noche, era la inauguración. Empezaba a las 11. Eran las 9 cuando llegó Amanda que miraba su móvil extrañada, a lo que Lucifer le preguntó que sucedía.

—Acabo de recibir un mensaje muy extraño. Es del gimnasio. Quieren quedar conmigo dentro de media hora.

—A esa hora suelen cerrar. ¿Qué querrán? ¿Vas a ir? Te acompañaré.

—Sí iré pero no hace falta que vengas tú. Tienes mucho que hacer aquí antes de abrir. Tranquilo, no me va a pasar nada y sí, tendré cuidado. ¿Algo más?

—Me lees la mente antes de abrir la boca. Por cierto, acuérdate de...

—De llamarte o enviarte un mensaje en cuanto sepa de qué va la cosa. Ya, ya. Anda, dame un beso. Nos vemos.

Amanda se dirigió al gimnasio, allí se encontraba el dueño. La saludó y se metieron en su despacho.

—Iré al grano Amanda. Nos conocemos desde hace tiempo. Años atrás venías casi a diario. Me alegro mucho de volver a verte. Mira estos papeles. He recibido cientos de firmas para que te contrate como la nueva profesora de artes marciales. Muchísimos padres quieren que lo seas, empezando primero por el padre de Carlos. Por favor, dime que al menos lo pensarás.

—Me has dejado de piedra. No es algo que tenía en mente, la verdad. Mi vida es un poco ajetreada, no podría dedicar mucho tiempo...

—Aunque sea una vez por semana. Sólo piénsatelo y me dices con lo que sea.

—De acuerdo, lo pensaré.

Salió del gimnasio a paso lento y pensando. «¿Ella maestra? Puff era mucha responsabilidad». Miró el reloj y eran las diez y media. Mandó un mensaje a Luci diciéndole que ya iba para allá y que todo iba bien. Ya le contaría.

Al llegar, fue al ascensor para ir a la casa y fue su sorpresa que donde se ponía la huella dactilar, en su lugar había un rectangular con un círculo dentro. Ella metió el dedo creyendo que quizás sería por huella, pero no. Lucifer apareció detrás y besándole el cuello, le dijo:

—¡Sorpresa! Tienes que poner tu retina y se abrirá. Como ves, yo también me preocupo por nuestra seguridad.

—Muy astuto. Pues yo también he hecho algo para que no nos cojan por sorpresa. ¡Ah, ya ha llegado! Hola Antonio. Te presento a Lucifer. Como hemos hablado, solo a él le servirás las copas que te pida. ¡Ve a prepararte que en breve se abrirá! Gracias y, estate muy atento.

— ¿Qué significa esto?

—Peggy está contigo en todo momento, pero cuando pides alguna copa ella no sabe si le han echado algo o no. Antonio te la preparará y se fijará en todo momento de tu copa, así que, si alguien u otro camarero te traen una copa, no la beberás. Además es un barman excelente. Hay que tener todas las zonas cubiertas.

—Ya veo.

—Sube conmigo, Luci. A ver, entonces pongo así el ojo... ¡Listo!

Cuando subieron, Amanda mientras se vestía, le contó a Lucifer lo que le habían propuesto en el gimnasio.

—¿Vas a aceptarlo?

—Pues no lo sé. La verdad es que me gratificaría hacerlo, el problema es que no voy a tener tiempo.

—Podrías trabajar a media jornada en la comisaría y quedarte más tiempo si hubiera algo grave, así las tardes las tendrías libres, o las mañanas, como tú prefieras.

—Pues cogeré dos días a la semana porque el resto quiero dedicarlos a nosotros.

—Mnnn eso suena muy bien. En vez de subirte la cremallera de este top tan sexy lo que voy hacer es bajarlo así, desabrochar el sujetador negro que te has puesto y sabes que me gusta tanto...

—Quisiera seguir Luci, pero son ya las 11 y esperan al anfitrión.

—Primero son nuestras necesidades.

Los dos se entregaron mutuamente y dieron rienda suelta a la pasión.

Al finalizar, él bajó y ella se quedó un poco más. Después, se duchó y se vistió. Intentó abrocharse el top por detrás pero sin éxito. Lo dejó en la mitad del recorrido. Se hizo un recogido, se pintó un poco y bajó. ¡Cuánta gente! Se notaba que seguía siendo y siempre será la discoteca de moda. Se dirigió hacia donde estaba Lucifer y como siempre, estaba rodeado de varias mujeres muy hermosas.

En cuanto ella se acercó, chasqueó los dedos y se levantaron a regañadientes. Amanda se sentó entre sus piernas y le dijo que le subiera la cremallera que a ella le había sido imposible. Él aprovechó y le besó en la espalda y el cuello.

—¿Te has quedado insatisfecho?

—Contigo, nunca.

—Me voy a tomar algo. Te dejo con tus fans.

Amanda se dirigió a la barra y en ese momento, la llamaron al móvil. Número oculto.

—¿Te diviertes, Angélica? Es una fiesta fantástica.

—No debería de sorprenderme que sepas mi ubicación. He elegido un buen contrincante.

—Sabes que te voy a coger, ¿no?

—Puede que sí o puede que no, pero mientras tanto, me divertiré.

—Pues disfruta, que no te durará mucho la diversión. Te dejo, que me lo quiero pasar bien. Hasta pronto.

Amanda cuando colgó empezó a sonreír, se fue a la barra, pidió su botellín de agua y se dirigió a la pista a bailar.

Aparentaba estar feliz y sin ninguna preocupación, como si la llamada no le hubiera interesado, pero en realidad, era todo lo contrario. No podía ir donde Lucifer, porque entonces Angélica sabría cuál era su punto débil.

—¡Qué bien se lo está pasando Amanda! —dijo Peggy.

—Algo está ocurriendo, la conozco muy bien. Baila canciones que ni si quiera le gustan a ella. ¡Atenta Peggy!

Amanda no sabía cuánto tiempo llevaba bailando, pero sus pies querían ya un descanso. Fue de nuevo a la barra, pidió otro botellín de agua y salió de la discoteca. Cruzó la carretera y se sentó en un banco. Se estiraba y se secaba el sudor de la nuca y de la frente. Miró su reloj y vio que habían pasado casi dos horas. Le llamó al agente federal Reynolds y al capitán Peterson, contándoles lo sucedido. Les dijo que era una tontería que se presentaran allí, porque intuía que ya se había ido. Seguramente, la había dejado desconcertada al comprobar que no le daba importancia a lo que hacía o dejaba de hacer, aunque en realidad no era así, pero quería que ella lo pensara.

Unos minutos más tarde, volvió a la discoteca. Vio que Lucifer estaba inquieto por ella y se dirigió hacia él.

—Tranquilo cariño, estoy bien.

—Me había olvidado de la tensión que vivía en estas circunstancias, aunque también del alivio que siento de tenerte conmigo de nuevo. ¡Bésame!

—Es todo un placer. Ahora que han puesto una canción lenta... ¿Me concede este baile?

—Encantado.

—Luci, no te voy a dejar nunca, a menos que tú quieras hacerlo.

—Pues estarás siempre a mi lado, porque no pienso renunciar a ti.

Los dos bailaron muy juntos, rozándose las caras y besándose sus cuellos. Pero no se percataron de que una mirada maliciosa les observaba llena de rabia y odio, concretamente hacia Amanda.

La sicaria se encontraba muy lejos de ahí, planeando su próximo movimiento.

Han pasado tres meses y todo va viento en popa. En la comisaría dirigida por el Capitán Pétersson, trabajan codo con codo para resolver los casos que surgen en el día a día.

Amanda y Lucifer siguen juntos, compaginando sus respectivos trabajos con su relación. Todos siguen con sus vidas, pero nunca sin olvidar que la sicaria sigue libre y seguramente preparando su venganza.

Cuando iban a trabajar o salían, nunca utilizaban el mismo camino, cambiaban por si acaso Angélica intentaba algo y no lo tuviera tan fácil.

Dos veces a la semana, por las tardes, Amanda iba a dar clases de artes marciales a los niños al gimnasio. Todos, incluidos los padres estaban muy contentos con ella. Sus hijos en poco tiempo habían avanzado mucho, sobre todo Carlos, de siete años de edad, que curiosamente, con el anterior profesor era el peor de la clase y ahora era uno de los mejores. Su padre estaba muy orgulloso de él. Había ganado autoestima.

Una tarde, al finalizar la clase, un señor de unos sesenta años que llevaba kimono, se le acercó, se presentó con el nombre de Paúl y le preguntó si daba clases también a gente mayor, a lo que ella le contestó que no pero él le insistió diciéndole:

—Verá, yo estoy en el piso de arriba y voy a clases de artes marciales desde hace un año, pero no avanzo. Quisiera saber cuál es el motivo de ello. Estos niños en pocos meses han conseguido mejorar mucho y está claro que es gracias a usted. ¡Dígame al menos en qué fallo, por favor!

—Yo no puedo saberlo. Eso tendría usted que preguntarle a su maestro, de todas formas, ya subiré un día a verlo, se lo prometo. ¿Vale? Enséñeme cómo se pone usted para empezar el entrenamiento. A ver, muy bien. ¡Póngase bien firme, así! Perfecto. Pues lo dicho, pregúntele a su maestro. ¿Vale? Ahora a descansar.

Amanda había quedado con Lucifer para cenar y ya llegaba tarde así que decidió ir sin ducharse, lo haría en cuanto llegase a casa. Le mandó un mensaje avisándole que había surgido un imprevisto pero que ya iba para allá.

Al cabo de unos minutos, llegó. La discoteca estaba como siempre aglomerada. Lucifer, estaba en el piso de arriba y en cuanto la vio llegar bajó y se fue a casa.

—¿Te pasa algo, Mandi?

—No nada. ¿Por qué lo dices?

—Como has ido a casa directamente... ¿No íbas a venir arreglada del gimnasio?

—Esa era mi intención pero me he entretenido y no me he duchado. Lo estoy haciendo ahora. ¿Me quieres acompañar?

—Gustosamente lo haría pero nos esperan en el restaurante dentro de media hora. Hice la reserva hace un mes. Pero queda pendiente, esta invitación.

—No te preocupes que en quince minutos estaré lista. Ya sabes que no tardo nada. Además no está lejos el restaurante. ¿A cuánto? ¿Diez minutos?

—Sí, pero iremos en coche. Ya está abajo preparado.

—Perfecto. Ala, me peino un poco, me pinto los labios... Ya estoy lista. ¡No te quejarás! ¿Eh?

—No se me ocurriría. Estás preciosa. ¡Vamos!

Llegaron puntuales. Se sentaron en la mesa y observaron el nuevo restaurante con mucha atención. Era muy luminoso, con grandes ventanales, todas las mesas tenían el detalle de una rosa roja y una vela. La música que sonaba era romántica y en tono bajo. Miraron la carta en cuanto se la trajeron. Había cosas muy suculentas.

—Qué buena pinta tiene todo.

—Cierto. ¿Qué tal si pedimos un par de entrantes y una ensalada?

—Perfecto. Luego pediré un pescado. Hay que cenar ligero, sino luego sienta mal al estar el estómago tan lleno para ir a dormir. Hay que volver, para poder comer por la mañana y probar la carne.

—Estoy contigo. En fin, cuéntame porqué motivo ha sido la tardanza.

Amanda se lo relató.

—Parece que todo el mundo te reclama.

—Pero no tengo tiempo. Mi vida ya la tengo programada. ¡Por cierto! La semana que viene tengo que irme un par de días o puede que tres. Me han llamado de Quántico. Hay una reunión que debo de asistir. Requieren de mi presencia, ya sabes como funciona esto. Me han llamado hoy.

—Muy bien. Pues aquí te estaré esperándote.

—Cuidate mucho y atento. ¿Eh?

—Tranquila. Cuidate tú también. Pero bueno, hablemos de cosas más interesantes y no tristes.

La velada transcurrió tranquila y romántica. Los dos cogidos de la mano, miradas cautivadoras... Al salir del restaurante, decidieron ir andando.

—Luci... soy tremendamente feliz. Es lo que me pasó hace cuatro años. Nuestras vidas, nuestra relación es tan perfecta, tan idílica que me da miedo que desaparezca. Por eso en esa ocasión me acobardé y...

—Y te fuiste.

—Sí y cometí el error de no expresártelo. Ahora lo estoy haciendo. Y no, no me voy a ir. No cometo el mismo error dos veces, créeme. Lo que tenga que ser, será.

—Escúchame atentamente, cariño. Aunque ahora te sientas feliz, nos sintamos felices, debemos de vivirlo intensamente. La vida por sí sola ya nos traerá sus cosas malas. Los dos tenemos vidas,

un tanto complicadas, por llamarlo así. Tú más que yo. Por tu trabajo en un abrir y cerrar de ojos, me puedo quedarme sin ti. Sí, sí, no me mires así. Es tan cierto como que ahora es de noche, pero lo asumo y vivo el día a día que estoy contigo. Eres lo más importante de mi vida y me gustaría estar siempre contigo en todo momento para que no te pase nada, pero eso no puede ser.

—Mmm eres un hombre muy sabio.

—Y tú eres una mujer excepcional. Tuve la suerte de ser correspondido.

—Y yo, la suerte de que te fijaras en mí. Te quiero, Luci.

—Yo también te quiero.

Los dos se besaron apasionadamente. Ya habían llegado a la discoteca. Se cogieron de la mano y entraron. ¡Menudo ambiente que había! Era un jueves y parecía un fin de semana.

—¿Te apetece tomar algo? —le dijo al oído.

—Sí, pero en casa contigo y a solas.

—Me has leído el pensamiento. Espérame un momento. Voy a preguntarle a Peggy a ver que tal van las cosas y decirle que nos vamos arriba.

Al entrar en la discoteca, hay una pequeña inclinación hacia arriba y luego se pone recta. Pues cuando Lucifer subió esa pendiente, Amanda iba a hacer lo propio para ir al ascensor, pero notó debajo de su pie derecho una cosa pequeña y redonda. Puso todo su peso en el pie izquierdo que estaba firme en el suelo y dio un salto hacia su izquierda manteniendo el equilibrio.

Varias bolitas rodaron hacia la puerta de la salida. Nadie tuvo ningún percance a causa de ello, parecía que sólo iban en la dirección donde ella estaba. ¿Casualidad o intención?

Lucifer, al no verla en el ascensor, retrocedió hasta la puerta de la entrada y vio a Amanda en cuclillas mirando a ver si quedaba alguna bolita en el suelo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué son esas bolas? Parecen canicas. Para haberse resbalado alguien.

—Creo que ya no hay más. Están en la calle. Voy a recogerlas.

Entre ella, Lucifer y uno de Seguridad, las recogieron. Habría unas veinte.

Cuando se cercioraron de que ya no habían, se fueron hacia el ascensor para ir a casa.

—¿Seguro de que estás bien? Podrías haberte roto algo.

—Pero no ha sido así —le dijo mientras le tapaba con un dedo la boca de él.

Una vez dentro del ascensor, Amanda le acarició su barba rasurada a lo que él dejó de hablar y se le quedó mirándola a los ojos. Ella le desabrochó la camisa. Él apoyó las manos en la pared del ascensor rodeándola y empezó a besar desde el cuello hasta el ombligo. Lucifer, le levantó la barbilla y comenzó a besarla en los labios con ansiedad, como si no hubiera un mañana. Las puertas se abrieron y entraron comiéndose a besos.

En la cama...

—Deja de pensar tanto, Luci. Parece que oigo tus pensamientos.

—¿Entiéndeme! No puedo controlar lo que te pase cuando no estás conmigo, pero debo hacerlo al menos en mi territorio. Lo de las canicas no debió de suceder.

—Bueno, ya veo que no voy hacerte cambiar de opinión. ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—Lo que vayas a beber tú.

Amanda le apeteció una limonada y le trajo otra a él. Se la bebieron, casi en silencio. Se acurrucaron abrazados y se durmieron.

La mañana siguiente, cuando le sonó el despertador de Amanda, se dio cuenta de que Lucifer no estaba en la cama. Se levantó y lo halló mirando por la ventana, con la mirada perdida. Le abrazó por detrás y le dijo.

—Buenos días. ¿Cuánto tiempo llevas levantado?

—No sé, un par de horas. Tengo cosas que hacer, pero no quería irme sin darte los buenos días.

—Vaya y yo pensaba invitarte a ducharte conmigo, pero veo que tendré que hacerlo sola, de nuevo.

—Queda pendiente. Lo siento cariño.

—Ya me debes dos duchas. Bueno pues si me esperas 10 minutos, bajo contigo. Iré al gimnasio. Me hubiera gustado quemar energía contigo, de otro modo, pero bueno, otra vez será. Me ducharé allí, me llevo la ropa y me iré directamente al trabajo.

—Lo siento, de nuevo. Pero quiero hacer varias cosas. Te prometo, que te lo compensaré.

—No te preocupes ve hacer lo que tengas que hacer. ¿Nos vamos?

Amanda hizo más ejercicio de lo habitual, conocía a Lucifer y sabía que estaba preocupado. Hasta que no resolviera lo que rondaba por su cabeza, no iba a ser él mismo. Bueno, pues ya estaba lista para ir a trabajar.

Una vez en la comisaría...

—Buenos días chicos. ¿Qué tal habéis amanecido?

—Con qué energía vienes a trabajar. ¿Qué tomas? ¿Ginseng?

—No. Vengo del gimnasio y por eso llego con mucha energía, deberías de probarlo Rodolfo.

—Amanda, ven a mi despacho por favor.

—A sus órdenes, Capitán. ¡Manos a la obra!

Lucifer, estaba en su oficina. Entró Peggy y le preguntó qué es lo que estaba haciendo.

—Estoy viendo las cámaras de vigilancia. Menos mal que se me ocurrió el año pasado poner cámaras con infrarrojos.

—¿Qué buscas concretamente?

—Cuando anoche entramos Amanda y yo, tuvimos un percance, bueno, mejor dicho, lo tuvo ella. Salieron unas canicas de la nada y podría haberse hecho mucho daño. Quiero saber si las

cámaras han registrado a la persona que lo hizo. Nos las vendieron como última generación. A ver si es cierto.

—Pero vas a tardar un poco.

—Me da igual, como si me lleva días.

—Si necesitas ayuda, házmelo saber. Me voy a hacer el pedido del bar.

En la comisaría...

—¡Dime Bill! ¿Qué sucede? Tu semblante me indica que no es nada bueno.

—Hace dos días tuve un incidente que no le di importancia, hasta que esta mañana me ha sucedido algo parecido. Por eso me ha hecho sospechar que la tal Angélica haya vuelto. Yo no estaba aquí y no sé cómo actúa. Pero sé que dos veces la misma cosa ya no es casualidad.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada del otro mundo. Salía de mi casa y antes de que pudiera llegar a mi coche, otro se fue hacia mí dando tumbos. Hace dos días pensé que sería alguien que perdió el control de su coche pero hoy a la mañana me ha pasado lo mismo. No me mires así, estoy bien.

—Habrá que tener mucho cuidado y más tú.

—¿Por qué? ¡Ah claro! Leí el informe. Mi nombre empieza por B.

—Exacto.

—Haré una reunión. En 10 minutos os quiero a todos en la sala. ¿Entendido?

—Sí, capitán.

Amanda llamó a Lucifer, pero no cogió el teléfono y de hecho, lo tenía apagado. Ella se extrañó y pensó que estaría ocupado. Le mandó un mensaje diciéndole que no iría a comer. Tenía trabajo.

Unas horas más tarde, Lucifer halló lo que estaba buscando y sus ojos se abrieron como platos.

Cuando a la tarde Amanda llegó a casa, no vio a Lucifer. Se cogió su equipo y se fue al gimnasio a entrenar a los niños. Llegó una hora antes y aprovechó para ir al piso de arriba y ver como lo hacían los mayores.

Estuvo observando atentamente cómo daba la clase el profesor. Al cabo de unos minutos éste se percató de su presencia, la sonrió y le hizo una señal para que entrara.

—Os presento a la sensei Amanda.

—Hola a todos. Lo hacéis muy bien. Sois todos unos expertos. Veo cinturones amarillos y naranjas. ¿Os puedo robar un momento a vuestro profesor? Os prometo que os lo devolveré enseguida.

Una vez fuera de la clase...

—Siento molestarle. Esperaría a que terminara la clase pero es que empiezo la mía con los peques.

—No se preocupe. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quisiera información sobre un alumno suyo. Me vino a buscar a mi clase diciéndome que en un año que lleva no había progresado y que no sabía en dónde fallaba. Yo le dije que hablara con usted. ¿Le ha comentado algo?

—¿Un hombre de cabello blanco, llamado Paul?

—Sí, exacto.

—Este hombre atrapa los movimientos al vuelo, pero tiene un problema que sus hijos me explicaron. Tiene alzhéimer bastante avanzado pero sigue haciendo este deporte hasta que pueda hacerlo, de hecho el médico lo recomendó porque hace que se centre y retenga información, pero poco a poco se le está olvidando.

—¿Qué pena! Es muy majo. Yo lo que haría es decirle todos los días lo bien que lo hace y así no se le quedaría un recuerdo agridulce.

—Así lo haré. Le agradezco su visita. Ha sido un auténtico placer. Le he visto dar clases a los niños y es admirable como actúa con ellos.

—Muchas gracias. Muy amable. En fin, le dejo que siga con su clase. Voy a prepararme para empezar la mía. Hasta luego.

Al cabo de una hora y unos minutos más, finalizó su clase y los niños salieron encantados, como siempre.

Amanda se duchó y se fue a casa. Como ya estaba arreglada, dejó la bolsa de deporte y su chaqueta en el guardarropa. Vio a Lucifer que estaba como siempre, sentado en el sillón. Desde allí veía todo el panorama. Llevaba todo el día sin verlo. ¡Qué guapo estaba vestido de sport!

Se dirigió hacia él y cuando estuvo delante le invitó a bailar. Éste la miró y la rechazó. No dio crédito a lo que había hecho. «Ha roto nuestra regla. ¿En serio?» Volvió a intentarlo y él, la volvió a rechazar. Ella se fue al guardarropa, cogió sus cosas y se fue a casa. En el ascensor, se puso la chaqueta ya que le había dado escalofríos.

Peggy se le acercó a Lucifer y le dijo al oído.

—¿Cuéntale lo que sucede!

—No y no te metas.

Una vez en su habitación, Amanda comenzó a pensar porqué se comportaba así. Seguramente tenía sus razones, ya habían pasado por otras circunstancias pero siempre lo habían hablado. Se sentía herida, dolida por su actitud hacia ella, tan fría y distante. De repente, empezó a rascarse por todos los lados, al principio no lo entendía, hasta que se quitó la chaqueta y se volvió a duchar. No se sentía a gusto allí. Decidió coger algunas cosas y se fue. Al bajar, Peggy la vio y le preguntó a donde iba a lo que ella le respondió que se iba a un hotel. Lo diferente que estaba hace tan solo 24 h antes.

Peggy fue a decírselo a Lucifer. Éste la miró con tristeza pero no se movió. Al cabo de un rato, se levantó y se fue a la casa. Allí la llamó al móvil pero lo tenía apagado. Él lanzó el móvil con

furia hacía la pared, haciendo que este se hiciera añicos.

A la mañana siguiente, Amanda al encender el móvil tenía varias llamadas de Lucifer pero no le llamó. Se fue al gimnasio y le dijo al dueño que no podría ir en una semana, tenía un viaje. En la comisaría les dijo lo mismo, que estaría fuera unos días. Tenía que ir a Quántico, en una semana regresaría. Después fue al laboratorio y les dio su chaqueta para que la analizaran.

Tenía la reunión dentro de unos días, pero decidió ir antes, viendo el panorama que tenía. Cogió un avión y fue a Quántico, Virginia.

—Buenos días Hanna. Acabo de aterrizar y en breve estaré en Quántico. ¿Has llegado tú?

—Sí, desde esta mañana temprano.

—Perfecto. Trabajaremos un poco. ¿Qué día y hora es la reunión?

—En cuatro días, el jueves a las 8 de la mañana.

—Ok. Nos vemos.

Una vez en Quántico...

—Buenos días señora.

—Buenos días. ¡Empecemos!

—¿Has conseguido hablar con Amanda? —le preguntó Peggy a Lucifer.

—No y si ella no quiere dar señales de vida, no la localizaré. Aunque prefiero que siga así, que no aparezca por aquí.

Una vez que terminó con el papeleo que tenía pendiente, fue a dar una vuelta por la academia de formación de los futuros agentes federales. ¡Qué tiempos!

—Hola señora. ¿Necesita algo? Estos son los nuevos cadetes. ¿Quiere conocerlos? De acuerdo. ¡Atención todos! Tenéis hoy la suerte de conocer a un alto cargo que está de visita. ¡Empiecen a dar sus nombres uno a uno!

Todos decían sus nombres y de dónde era cada uno de ellos. Una de las cadetes, Isabel, le llamó la atención a Amanda, por lo que la mandó a llamar a su despacho cuando rompieron filas. Al entrar, estaba realmente intrigada y algo asustada.

—¿Disculpe señora! ¿He hecho alguna cosa mal?

—¿Sabe usted que todo lo que vea, oiga o le digan no podrá salir de aquí? Es decir, que no puede contárselo ni a sus familiares.

—Sí señora, por su puesto.

—¿Puedo tutearla?

—Sí.

—Pues deja de llamarme señora... Isabel. ¿No te acuerdas de mí?

—En este mismo momento, no me acordaría ni de mi madre.

—Ja, ja, ja... tranquila. Estás nerviosa. Soy la compañera de trabajo de tu madre. En la Boutique. Bueno, ella hace de mi jefa.

—¡Cierto! ¿Cómo es eso? ¿Estabas infiltrada o algo así?

—No, nada de eso. Las vueltas que da la vida.

—¿Y mi madre sabe quién eres? ¡Uy, qué pregunta más tonta, por supuesto que no! Las veces que te he visto.

—¿Qué tal te va en la academia?

—Bien, aunque la condición física me cuesta más.

—Pues aplícate ahí, porque es lo que sube la nota. Es un 70%. Da igual que la teoría te la sepas.

—Si, gracias, así lo haré.

—En fin, ya no te entretengo más. Sigue con lo tuyo y aplícate. Te estaré vigilando, en el buen sentido, claro. Suerte.

—Gracias... señora.

Amanda estaba registrada en un hotel para cinco días. Estando en su habitación, miraba el móvil todo el tiempo. Quería llamarlo, dejarle algún mensaje a Lucifer, pero le había dolido tanto el rechazo, la indiferencia con la que le trató cuando fue ella a buscarlo al sofá. Al principio de su relación había tenido varios sueños temiendo que eso mismo le sucediera y mira tú, se había hecho realidad. Sabía que le preocupaba algo y que la quería fuera de su radar, pero lo que había hecho, romper una de sus reglas...

«Cuando vuelva, yo también jugaré a su juego, el de la indiferencia. ¿Será necesario volver a la habitación de invitados? En fin, será mejor que deje de pensar en él y centrarme en el trabajo».

Durante toda la semana estuvo trabajando intensamente. Sólo iba al hotel para dormir.

El día de la reunión pasó y ya tenía todo solucionado. Llegó el día de volver. El día anterior, la habían llamado del laboratorio de la comisaría para decirle el motivo por el cual la chaqueta que llevaba le picaba y a causa de ello, le salió una pequeña urticaria. Fue porque alguien le había rociado por dentro con un líquido irritante, compuesto por ácido fórmico e histamina, que produce irritación e inflamación al estar en contacto con la piel. Dicho líquido, se obtiene de la planta de la ortiga.

«¿Quién ha podido ser? ¿Habrá sido Angélica? No es propio de ella. Su perfil no indica que haga esas cosas. Ella además de ser una sicaria, también es una asesina, elige el objetivo, lo vigila y lo mata, pero en esta ocasión parece más un juego». Le preguntó al Capitán Pétersson si había tenido algún percance más y lo negó. «Hay que atraparla, no podemos seguir jugando al gato y el ratón.»

Recogió todas sus pertenencias, se despidió de Hanna, su fiel ayudante y se fue de vuelta. Al llegar, fue hacia la discoteca, a su hogar. Era de día y por lo tanto, estaba cerrada. Entró y saludó a Peggy que se asombró al verla. Sinceramente creía que no iba a volver pero se alegró de que se

equivocara. Cuando subió, guardó su ropa limpia en el armario y en los cajones. Escuchó una respiración agitada y ruidos en la habitación donde se hallaba el gimnasio.

Se dirigió hacia allí y vio a Lucifer dándole puñetazos al saco de boxeo. Se paró en seco al verla en la puerta. Se quedaron mirándose fijamente pero sin decirse nada. Ella se dio media vuelta y se fue dejándole a él consternado. Volvió a lo suyo y esta vez con más fuerza.

Amanda se dirigió a la comisaría. Una vez dentro, les dijo a todos los que estaban allí, que había llegado el momento de cazar a Angélica.

Estuvieron trabajando hasta altas horas de la noche.

—Tenemos que cogerla antes de que nos cace ella uno a uno. En tres meses leyendo las esquelas, no ha dado ningún paso, así que sospecho que nosotros estamos al principio de su lista.

—Puede que solo haya querido darnos un susto al amenazarnos. Aunque la verdad sea dicha, solo ha sido a ti, bueno, más bien a tus seres queridos y yo, francamente no estoy ni si quiera en tu franja de amistades.

—Tienes razón, Rodolfo. Lo que sucede, es que aquí nos consideramos una piña. Son muchas horas al día juntos y nos vemos casi como una familia. Sí tú no te consideras como tal, no tienes por qué preocuparte.

—Propongo que pongamos todas las alternativas que tenemos en nuestras manos.

—¿A qué te refieres Capitán? —dijo Tim.

—No esperemos a que venga, sino que la localicemos y vayamos a por ella. Tengo a un par de detectives buscándola y otro particular. Estemos atentos. Ahora iros a casa a descansar. Mañana continuaremos.

—¿Capitán! ¿Quién es ese detective particular al que se ha referido? —le preguntó Amanda, en el despacho.

—Un detective privado.

—¿Quién es Bill?

—Un detective que tiene la información del caso de primera mano. No me mires así Amanda.

—¡Florián!

—Así es. Trabaja noche y día. Está muy enfadado consigo mismo. Necesita hacer esto con o sin nuestro consentimiento y mejor será que sepamos sus hallazgos.

—Si tú lo crees así.

—Así es. ¡Venga vete a casa que llevas mucho tiempo aquí!

Amanda se fue a regañadientes. Nadie le esperaba en casa. ¿Qué haría? ¡Ya está! Se arreglaría, se pondría guapa y... se iría... a cenar sola por ahí. Pues dicho y hecho. Llegó a casa y mientras se duchaba, entró en la habitación Lucifer.

En el momento que ella salía de la ducha, él entraba. Los ojos de él ardían de deseo y ella lo

sabía. Se tapó con la toalla y se topó con él en la puerta. Salió rozándole. Se secó, se vistió muy sexy, pelo despeinado con un poco de espuma, labios color granate, tacones... ya estaba lista. Tuvo la suerte de que la llamaron por teléfono y contestó con monosílabos y finalmente dijo que la recogiera en la puerta de la discoteca Infierno, que ya estaba lista. Cogió el bolso y cuando ya se iba hacia el ascensor, Lucifer se interpuso.

—¿Vas a una misión?

—No, me voy a cenar.

—Lo siento. Te pido perdón por mi actitud.

—Sé que te ronda algo por la cabeza, algo que no me quieres contar, al principio te lo aceptaba porque ya te conozco, pero el rechazarme y romper una de nuestras reglas principales... metiste la pata hasta el fondo. Y ahora, apártate, que me esperan para ir a cenar.

—¿Llegarás tarde?

—No lo sé.

Lucifer se retiró y la dejó pasar. Bajó la cabeza y se dirigió a la habitación. Mientras se cerraban las puertas del ascensor, Amanda le vio irse. Estaba afligida por él, pero se sentía dolida y enfadada a la vez.

Quién la llamó por teléfono fue Florián. Cuando bajó, ya la estaba esperando en el coche que al verla tan despampanante se quedó sin habla.

—Cierra la boca y cuéntame que has descubierto.

—No te lo vas a creer, pero nunca se fue a ningún lado, sigue en la ciudad y seguramente observándonos a cada uno de nosotros. Lo que me extraña es que en casi cuatro meses no haya dado señales de vida.

—Está preparando todo cuidadosamente. Con Bill ha hecho ya sus pinillos.

—¿Qué estás diciendo? No me ha dicho nada.

—Yo he tenido un par de percances pero me parece raro que actúe así, aunque puede ser que conmigo quiera solo jugar. Creo que la tenemos algo descolocada ya que aparentamos que continuamos con nuestras vidas, sin cambiar nada, como si no nos hubiera amenazado. Yo, al menos pensaría así, si fuera ella.

—Tiene sentido. Te iba a invitar a tomar un café pero tal y como vas vestida sería mejor ir a un restaurante a cenar.

—Esa era mi intención, pero se me han quitado las ganas, sinceramente.

—Vamos a dar un paseo. Espera que aparque aquí el coche. Mandi, nuevamente te pido perdón, sé que no actué bien pero tenía tantas ganas de atraparla que no me di cuenta de lo que hacía.

De repente, notó una especie de silbido en el oído derecho al mismo tiempo que sentía un ardor en su brazo derecho. Por inercia, ella se agachó e hizo lo propio a Florián.

—¿Qué está pasando?

—Me acaba de rozar una bala.

—¿Qué? ¡Pongámonos detrás de ese árbol! ¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué pasa Angélica? ¿Este es tu nuevo juego? Ya sabemos las dos que no vas hacernos nada. —gritó Amanda.

En ese momento, su móvil sonó. Número oculto.

—¿A qué juegas Angélica?

—¿No tienes miedo a morir?

—Pues no, pero esa no es la cuestión. No nos vas a matar a ninguno de los dos. A mí no me vas hacer nada porque mi nombre empieza por A y empiezas a matar con la B, Florián empieza por F. Tú no eres de las que cambias las reglas. Así que vete con tu juego a otra parte. Me voy a cenar. Que te lo pases bien.

Los dos salieron de su escondite y se fueron caminando tranquilamente.

—No sé si estás loca o tienes un plan. Hay que ir a un hospital a que te curen el brazo.

—No es nada. Tranquilo, en cuanto llegue a casa me lo desinfectaré, un apósito y listo. Vete a donde tengas que ir, pero con cautela. Nos veremos mañana en la comisaría.

En cuanto llegó Amanda a la discoteca, Lucifer estaba tomando una copa con una chica en la barra. Él la vio entrar en el ascensor. Bajó la cabeza y siguió hablando. Amanda hizo lo que le dijo a Florián y se curó. ¡Cómo escocía!

Se tomó un vaso de leche caliente y se metió en la cama de ambos. Decidió que ir a la habitación de invitados era actuar como una cría.

Cuando llegó él a la habitación, la vio tumbada en la cama, cosa que no esperaba, se puso el pijama y se acostó.

Amanda estaba ya dormida pero se despertó sobresaltada y dando un grito cuando Lucifer la abrazó. Él encendió la luz y la miró atónito preguntándole que es lo que le sucedía.

—Nada. Me has asustado.

—Mentira. ¿Qué te sucede? Has gritado cuando te he abrazado. ¡Déjame verte el brazo!

—No pasa nada.

Él le levantó el pijama de raso de color plateado que llevaba puesto y sus ojos se pusieron tan abiertos como los de un búho.

—¿Qué te ha sucedido? Y no me digas que nada.

—Gajes del oficio, y ahora déjame dormir.

Y apagó la luz. Él no quiso insistir, pero con mucho cuidado la volvió a abrazar, la besó en el brazo y le dijo en un susurro:

—¡Cuéntame, por favor! No me dejes fuera de tu vida. Lo siento.

Ella bajó su cabeza de la almohada y la colocó en su torso y se acurrucó. Él la abrazó y la trajo hacia él. Estuvieron en silencio hasta que ambos se durmieron.

Amanda se despertó muy temprano, él seguía durmiendo por lo que levantó muy despacio para no despertarlo. Se vistió y fue hacia la comisaría. Fue la primera en llegar, luego el capitán Péterson y Florián juntos.

—Hay que hacer algo Amanda. Ya me ha contado Florián lo que os ocurrió anoche. ¿Estás bien?

—Sí, solo fue un rasguño.

—Hay que trazar un plan y creo que sé cómo hacerlo. Anoche, digamos que le desafiaste y no diste importancia a lo que hizo. Estará desquiciada, rabiosa, yo lo estaría, ahora es un buen momento para que cometa un error y yo voy a ser el anzuelo. Ella sabe que me aprecias.

—Claro que sí pero, no vas a ser tú.

—Soy la mejor opción. Mi nombre empieza por B. Sabes que tengo razón.

—No me gusta la idea.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos?

—Vas a vivir la vida tranquilamente. Todos los días harás la misma rutina e irás por los mismos caminos de ida y vuelta. Ella tiene que pensar que no has hecho cambios y por lo tanto te fías de que no te pase nada. Entonces ella te atacará. Es como una mantis religiosa, cuando menos te lo esperes, te matará. Eso sí, llevarás protección en todo momento. Un chaleco antibalas. Ella suele disparar en la cabeza y en el corazón, no creo que haya cambiado de táctica. Es como su firma.

—Pero... ¿qué hacemos para protegerle la cabeza?

—Yo tengo la solución. Bill, no salgas de la comisaría hasta que yo regrese. ¿De acuerdo?

Amanda se dirigió a casa y empezó a rebuscar en armarios, en maletas, bolsas de viajes...

Lucifer llegó por detrás.

—Mandi, tenemos que hablar.

—Ahora no puedo, estoy ocupada.

—¿Dime quién te hizo eso anoche!

—¡Angélica!

—¿Ha vuelto?

—Creemos que nunca se fue.

—Entonces todo está cuadrando.

—¿A qué te refieres?

—Al día siguiente de lo de las canicas, estuve viendo las cámaras infrarrojas que tengo puestas en la discoteca. Mandi, no fue una gamberrada de alguien sino que fue intencionado. Se ve a una

mujer, mirando a la entrada y en cuanto me alejé de ti tiró las canicas hacia donde estabas.

—¿Se le ve la cara?

—No. Tengo varias cámaras y algunas ocultas pero en todo momento se tapa la cara con la mano o el pelo. Esa mujer ha estudiado el local. Sabe donde tengo las cámaras. Ví que su intención era hacerte daño y te quise alejar del local. Quería que estuvieras en casa. Cometí un error fatal, pero solo lo hice por tu bien.

—Tendrías que habérmelo dicho y lo hubiéramos hecho de forma diferente. Sabiéndolo yo, no habría estado a la vista de ella.

—Lo sé y lo siento.

—Rompiste una regla principal. Ya te comenté en cierta ocasión que al principio de nuestra relación mi miedo era que yo me acercara a ti y tú me rechazaras. Tú me dijiste que eso no ocurriría jamás. Mi miedo se hizo realidad, pero en cierta forma me lo he tomado como una especie de castigo.

—¿Un castigo? ¿De qué hablas?

—Por haber sido una cobarde y haberte dejado. Así que ya estamos en paz.

—No deberías de haber pensado de esa forma. Fue una decisión que tomaste en su momento, errónea, pero ya está.

—Bueno, ya ha pasado pero, si tienes alguna sospecha de algo, en el futuro, me lo haces saber. No intentes resolverlo por tu cuenta que como ves, no sale nada bien. ¿Entendido?

—Entendido. Me haces sentir como a un niño echándole la reprimenda.

—Exagerado. Y ahora, déjame por favor que estoy buscando un chaleco antibalas.

—¿Qué estás buscando qué? Y me lo dices tan tranquila. ¡Cuéntame para qué quieres uno de esos, si nunca te ha gustado llevarlos!

—Es que no es para mí, sino para Bill.

Amanda le contó el plan que tenían para cazar a Angélica.

—¡Aquí está! Debe de estar extrañado que lo saque.

—¿A quién llamas?

—Chsss

—Ring...

—Identifíquese.

—Nivel 8.

—¿Código?

—104

—Aceptado.

—Buenos días, Hanna. Necesito que me llegue cuanto antes a la dirección que te envío, ese nuevo prototipo de sombrero de caballero de fieltro con corona y con una cinta alrededor tipo Fedora. Que el sombrero tenga doble cobertura de protección en la frente. Color gris o negro que combina con todo. Es urgente. Gracias.

—¿Un sombrero?

—Sí, es para que lo lleve Bill. Angélica dispara al corazón y a la cabeza. Este sombrero, que lo llevará en todo momento, lo impedirá o eso espero. Ya no sé qué más hacer para protegerlo.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—Me voy a la comisaría para llevarle el chaleco.

—Pero él ya tendrá uno ahí. ¡Claro, no es el mismo! Este es especial.

—Sí. En fin, ya nos veremos luego. No te preocupes, que abajo te ignoraré, pero aquí en casa no. Así es como deberíamos haberlo hecho desde el principio.

—Sí, sí. ¡Ven!

Lucifer la abrazó con cuidado, recordando que tenía el brazo derecho dañado y le dio un beso suave y tierno.

—¿Cuánto he echado de menos tus besos! ¿Qué tal tienes el brazo? ¡Déjame que te lo mire! Me da igual que tengas prisa.

—Cualquiera te dice que no. No ha sido nada, un roce de una bala a alta velocidad.

—A ver...

Al quitarle la compresa le vio el roce que estaba a carne viva. Se lo desinfectó con un poco de mercromina, un apósito para cicatrizar y le vendó el brazo nuevamente.

—¿Ya estás satisfecho? Gracias.

—De nada y ahora a trabajar. Ten cuidado.

—Lo tendré.

Amanda estaba feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, pero al salir del ascensor cambió su semblante y se volvió serio... solo para aparentar.

Una vez en la comisaría...

—¡Aquí tienes este chaleco! No es como los que tenéis aquí. Este hará que si te disparan, no traspase el chaleco y un sombrero, también especial, lo llevarás en todo momento. ¿Entendido? Y no, no puedes decir que no. ¡Por cierto! Sería bueno que empezaras a llevar ya cualquier sombrero que tengas por casa, para que cuando te llegue el que espero, no sospeche. ¡Ahora a trabajar!

—Creía que era yo el Capitán.

—Ja, ja, ja...

Sabía que Bill se estaba tomando todo el asunto con tranquilidad porque no quería aparentar que estaba aterrado. A ver, todos lo estaríamos en esas circunstancias.

Amanda le dijo que de momento no se lo pusiera fácil a Angélica, que siguiera cogiendo distintos caminos hasta que llegara el sombrero que esperaba ella en dos o tres días. Comieron en la comisaría y a la tarde se fueron a sus casas. Bill acompañado por otro compañero, salían hablando contentos y fingiendo que todo iba bien, por si los estaban vigilando. Amanda se fue directamente al gimnasio, no antes sin mandarle un mensaje a Lucifer.

Los niños se pusieron muy contentos al verla ya que llevaba varios días sin ir.

—Lo siento chicos, pero estoy tan atareada que no me da tiempo a todo, pero que sepáis que estáis siempre en mi pensamiento y no me olvido de vosotros. En fin, hoy vamos hacer una especie de simulacro, os explico, es como cuando vas a una tienda, se oye una sirena y se da a entender que hay un incendio pero no lo hay, sino que es para saber cómo actuaríamos. ¿Os ha pasado alguna vez yendo con vuestros padres? Seguro que sí y si no, hoy vamos hacer uno parecido pero sin sirenas. Imaginaros que entra un hombre o una mujer al gimnasio a robar o simplemente entra en esta sala con nosotros aquí.

—Pues entonces está perdido, profesora.

—Ja, ja, ja. Tienes razón Carlos, además yo no permitiría que os hiciera daño a ninguno pero, por si acaso. Os pondría de inmediato en posición, protegiendo al más débil.

—¿Los mayores se pondrían delante nuestro para protegernos? A mí no me hace falta.

—Has acertado a medias, Pedro.

—Adelante estarán los que tienen mayor graduación. Los que son cinturones blancos o incluso amarillos, se pondrían detrás. Porque Miguel, por ejemplo, tiene 11 años y es cinturón blanco así que tú Carlos, al ser amarillo, te pondría delante de él. ¿Entendido? Pues bien, una vez en situación, os colocaríais en posición de ataque y no os moveríais. Aparentaríais lo que las personas malas no saben y es que sois muy duros de roer. Pondría caras de que sois malos. Yo me ocuparía del malo o de los malos y si por alguna casualidad alguno se acercaría a uno de vosotros, os voy a enseñar una táctica infalible. Lo que hace, es hacerle caer al suelo y eso me daría tiempo a mí para rematarlo, o en vuestro caso, si alguien en vuestra vida cotidiana os acecharía, le hacéis este método. La persona caería al suelo y eso os daría tiempo para huir. ¿Entendido? Perfecto, pues empecemos.

La clase se alargó un poco más pero a nadie le importó. Los niños disfrutaron y aprendieron. Al terminar, los niños fueron a cambiarse y Amanda aprovechó para hablar con todos los padres. Les comentó que les había enseñado un simulacro, por si alguna persona mala entraría en el gimnasio. Si eso ocurriese, los padres tendrían que ir corriendo al piso de arriba donde está otro profesor de artes marciales que da clases a los mayores. Él les protegería. En ningún caso, tenían que ir con los hijos, aunque ella sabía que por inercia, eso harían. Ellos, sabrían protegerse y ella, estaría con ellos. Los padres lo comprendieron y procurarían, hacer eso.

Amanda se duchó y se dirigió a casa. Estaba cansada y hoy le apetecía cenar en casa y al sofá. Seguramente vería una película. Hoy habría mucha gente en la discoteca al ser viernes. Al llegar, no se había equivocado. Imposible de ver a Lucifer. El sillón estaba vacío. Sólo había gente

cuando él estaba sentado. Fue al ascensor y subió. Iba a hacerse la cena cuando vio que la mesa estaba preparada y con un par de velas. Lucifer, le agarró la cintura por detrás y le susurró.

—Te estaba esperando. Cena de reconciliación.

Ella se dio media vuelta, le puso los brazos en el cuello y se besaron.

—Tanto tiempo sin besarnos... no puede volver a suceder. —le dijo Amanda.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. ¿Cansada?

—Sí, pero también hambrienta.

—Pues a cenar.

—Ha venido mucha gente, ¿no debería de estar el anfitrión?

—Para que veas, lo que más me importa. Si hay algún problema, que espero que no, me llamaría Peggy. Lo importante ahora, somos tú y yo. ¡Sentémonos!

—Qué bien que tenga un manitas en la cocina. Está delicioso. Gracias.

—De nada. Me alegro mucho que te guste. ¡Cuéntame cosas!

—Hoy he enseñado a mis alumnos qué hacer si una persona mala entra en el gimnasio. Quería prevenirles por si a Angélica se le ocurriese hacer alguna cosa por ahí.

—Me parece bien. Pones tu granito de protección alrededor de todo tu entorno.

—Necesito que estéis protegidos y no ponérselo fácil. Bill me preocupa más. Estoy casi segura de que irá primero a por él. A ver si me llega pronto el sombrero.

—No entiendo porqué te hizo lo de las canicas. Para hacerte daño, ya, pero me parece tan infantil y sólo te ha hecho eso.

—Sólo eso, no.

—¿Cómo? ¿Qué me he perdido?

Amanda le explicó lo de la chaqueta y Lucifer se quedó sin habla. Quiso ver sus brazos, pero como tenía una blusa larga le contó que el pigmento le hizo picor y una pequeña erupción, nada de importancia ya que se quitó enseguida la cazadora.

—Esto no puede seguir así, Mandi. Tienes que darle caza, ya.

—Créeme que la quiero coger de inmediato.

Amanda se levantó para recoger y Lucifer no le dejó. Le dijo que fuera para el sofá a descansar. Así lo hizo. Era lo que le apetecía hacer esa noche.

Se tumbó y al rato llegó él. Se sentó en la parte donde ella tenía los pies y le dio un masaje. Enseguida se quedó dormida, no llegó a ver empezar la película.

Cuando se despertó no sabía ni donde estaba, ni qué hora era. Su sueño había sido tan profundo...

Estaba a oscuras. Palpó a su alrededor para encontrar el móvil y ver la hora. Cuando lo halló...

—¡Las diez y media de la mañana! Pues sí que necesitaba dormir.

Encendió la luz de la mesita de noche, ya que estaba en la cama. Lucifer debió de llevarla anoche. Se levantó y abrió las cortinas. «¡Qué buen día hace hoy!»

Se fue a la cocina y se tomó su vaso de zumo de naranja. Mientras se hacía el café, miró por toda la casa a ver si encontraba a Lucifer, pero éste no estaba. Lo llamó al móvil.

—Hola cariño, ¿ya te has despertado, dormilona? Estoy de compras con Peggy. Nos hacían falta varias cosas para el bar. ¿Necesitamos algo para casa?

—Sí, coge gel y café, por favor.

—Hecho. ¿Qué vas hacer?

—Pues después de desayunar me pondré a hacer algo de ejercicio en casa ya que no me apetece salir y cuando vengas con el gel, me ducharé. ¿Qué te parece?

—Perfecto. ¡Por cierto! Yo siempre pago mis deudas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hasta luego. Nos vemos.

Amanda en cuanto terminó de desayunar, hizo un par de cosas y luego comenzó a hacer ejercicio. Al cabo de casi una hora, llegó Lucifer, en el mismo momento en el que ella terminó.

—Parece que estamos sincronizados.

—Sí. ¡Toma! Había un repartidor en la puerta. Es para ti.

—A ver... ¡El sombrero! ¡Qué rápida es mi Hanna! Me voy a duchar rápido y voy a ir a casa de Bill para dárselo, no quiero que esté un segundo más sin él.

Se estaba duchando con su gel de lavanda que le había comprado Lucifer, cuando éste se ofreció a enjabonarle la espalda. Estaba desnudo y todos sus músculos brillaban cuando el agua caía sobre su piel.

—Creo que no va a ser una ducha rápida —le dijo Lucifer mientras le besaba en el cuello.

—No, creo que no. ¡Entiendo! Me debías dos duchas.

—Exacto.

Se enjabonaron mutuamente y bajo el agua hicieron el amor.

—Mnnn con gusto lo repetiría, pero tengo que ir a casa de Bill. Quizás más tarde... aunque hoy sábado habrá más gente que ayer en la discoteca.

—Siempre hay tiempo para todo y sino, se busca. Nunca hemos tenido problemas en encontrar tiempo para ello, ¿verdad?

—No, nunca. ¡Me voy! Te quiero.

—Yo también. Ten cuidado.

En cuanto llegó a la casa de Bill, que con antelación le llamó para decirle que iba para allá...

—Aquí lo tienes.

—Mmmn me gusta. Ayer a la noche y hoy a la mañana he salido con dos sombreros diferentes, por si me está vigilando, que no se extrañe que hoy salga con uno nuevo.

—Bien pensado. ¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Bill, que estás hablando con tu amiga y no con una compañera de trabajo.

—Estoy bien, aunque algo asustado, la verdad. Pensar que estás en el punto de mira de una asesina no reconforta nada.

—Yo voy a estar en todo momento contigo, me tendrás hasta en la sopa.

—Ja, ja, ja. Eres un cielo de chica, Mandi. Te conozco desde hace cuatro años, en que llegaste a mi comisaría haciéndote pasar por una policía más. Creía que eras un portento controlando todo en cada momento y pensé que llegarías muy lejos. ¡Ay, tonto de mí, que ya habías llegado! No te entrometiste en el caso en ningún momento, al contrario, nos ayudabas y nos ponías en contacto con gente que nosotros hubiéramos tardado tiempo en hacerlo o nunca. Te metías en páginas de ordenador con claves a las que tú tenías acceso... ¿Recuerdas que estábamos toda la comisaría extrañados de que ningún federal hubiera venido a quitarnos el caso, ya que era conjunto? Y mira tú por donde que ya lo estábamos compartiendo. Cuando me enteré que un federal ya estaba en el caso, que me lo dijo un compañero de otro distrito.... caí en cuenta. Todos eran mis agentes desde hace años, ¿quién era nuevo? Pues tú, claro. ¿Te acuerdas que te hice llamar a mi despacho y te pregunté si tú eras, digamos que el “topo”, por llamarte de algún modo? Y sin más, mirándome a los ojos me dijiste, que efectivamente sí lo eras. Me dejaste de piedra.

—Pues sí, ¿por qué lo iba a negar?

—Eres de lo que no hay. Buena compañera, buena amiga, buena confidente, buen policía...

—¿A qué viene recordar todo esto y halagarme tanto?

—Por si no tengo oportunidad de decírtelo. Tendríamos que decir las cosas en el momento en el que lo sentimos y hacer las cosas que pensamos para hacer, como un viaje, pero siempre decimos, ya lo haré, ya iré...

—Tienes razón, pero te estás volviendo algo sentimental. Eres el cebo, de acuerdo, y encima en contra de mi voluntad, pero no van a ser tus últimos días, no lo permitiré. Estás protegido en todo momento y si es necesario me quedará a dormir en tu casa con o sin invitación.

—Ja, ja, ja, siempre sacas una sonrisa y tú no necesitas invitación para nada. Siempre eres bienvenida en mi casa y en mi trabajo, que por cierto, sin ti no lo tendría.

—Como vuelvas a darme las gracias por algo más te estampo este jarrón en la cabeza y Angélica tendrá que buscarse otra víctima. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ya basta de ser tan emotivos. Pero, gracias.

—Bill, que te voy a dar.

—Vale, vale. ¿Qué hacemos ahora? Querría dar una vuelta con mis dos perros. ¿Te vienes?

—Por supuesto. Y luego te invito a comer.

—Ok. A ver que me vista adecuadamente, chaleco primero y luego la ropa encima. Va a parecer que he engordado algo. Y luego mi sombrero nuevo. Mnnn parezco a Humphrey Bogart, de la película Casablanca.

Amanda le mandó un mensaje a Lucifer, diciéndole que pasaría el día con Bill. Él la necesitaba. Le prometió, por milésima vez que tendría cuidado y que se verían a la noche.

Pues bien, salieron a dar un largo paseo con los perros, volvieron a casa a dejarlos y fueron a un restaurante que había cerca en unos jardines. Se sentaron afuera y pidieron.

—¡Qué bien se está comiendo en la naturaleza! Los alimentos saben diferente.

—Sí, cierto es.

—No creas que no me he dado cuenta de que se lo estamos dejando muy fácil a Angélica, paseando a los perros más tiempo de lo normal y comiendo ahora al aire libre.

—No sé de qué me estás hablando. ¡Vamos a bajar esta riquísima comida, dando una vuelta! ¡Oye, un día tendrías que ir al gimnasio a mover un poco ese esqueleto! Te presentaría a mis alumnos.

—Cuando quieras. Un día, al terminar del trabajo.

—Me parece bien. ¿Qué tal la semana que viene?

—Si sigo vivo, sí.

—No tiene ni pizca de gracia, Bill. ¡Uy, me llaman al móvil!, ¿dígame?

—¿No intuyes que era yo?

—No siempre pienso en ti, también disfruto con un amigo.

—Un amigo que no lo tendrás mucho contigo. ¿Te has despedido ya de él?

No pudo contestarle porque en ese momento, le disparó en la cabeza y al moverse, en vez en el pecho, le dio en la tripa. Todo ocurrió en cámara lenta. Amanda tiró el móvil al suelo y le cubrió a su amigo, aunque fue tarde ya que le había dado. Ella chilló diciendo.

—¿Está localizada? ¡Dispararla y cogerla, ya!

Se oyeron dos disparos más.

—Bill, Bill, ¿estás bien? ¡Bill!

—No chilles que no estoy sordo, de momento. ¡Sigues encima de mí!

—Y seguiré, hasta que mis chicos me digan que no hay peligro.

—¡Tus chicos! ¿Qué chicos?

—Los que han estado cubriéndonos toda la mañana. Mis dos mejores francotiradores.

—¿Cómo?

—Jefa, localizada y cogida.

—Perfecto, traérmela. Ala, listo Bill. ¿Te puedes levantar? ¿Qué tal la cabeza y el estómago?

—Ay, creo que voy a tener dolor de cabeza hoy y la digestión, no se va a poder realizar, pero a pesar de eso, bien.

—¡Déjame verte! Bueno y unos moratones también, pero bueno, gajes del oficio.

—Te voy a dar yo gajes del oficio.

—¿Cómo es que sigues vivo? —le dijo Angélica

—Bueno para eso sirven los chalecos antibalas.

—Pero, ¿y la cabeza?

—Otro igual. Tengo contactos. En cuanto a ti... me ha resultado fácil el cogerte, a ver, has sido un grano en el culo pero... fácil. ¿Por qué has querido jugar conmigo con lo de las canicas y la cazadora?

—¿De qué hablas?

—No, espera. Tú no tienes inteligencia para eso. Solo eres una asesina que eliges a tu objetivo, lo observas y lo matas.

Amanda mientras le decía todas estas cosas, la miraba intensamente y torció un poco su cabeza hacia la derecha y le preguntó.

—¿Has trabajado con alguien? No, ¿verdad? No das el perfil.

—¿Me estás llamando tonta? Da igual que me hayas cogido, nos volveremos a ver en cuanto salga.

—¡Mira Angélica! No suelo decir mucho que lo prometo porque soy de las personas que si lo dice, es para hacerlo pero en tu caso, voy hacer una excepción. Te prometo que no saldrás de la cárcel. Me da igual que te conviertas en la reclusa modélica, no lograrás salir. Personalmente me voy a cerciorar de que no lo hagas. Has matado a mucha gente solo por darte gusto o por alguna locura que tengas en esa cabeza de chorlito y has intentado matar a un agente de policía. Tus días de libertad han terminado.

—Espero que la otra persona que esté detrás de ti, sí consiga su objetivo.

—¡Lléváosla!

—¿A qué se refería, Mandi? —le preguntó Bill.

—No lo entiendo, si no es ella... Entonces si la chica de la cámara no era Angélica... Luci dijo que esa persona había estudiado bien el local porque sabía donde estaban todas las cámaras. Esa

persona ha pasado mucho tiempo en la discoteca, iría todas las noches. Esa mujer me ha hecho siempre algo cuando estaba con Luci. ¡No me lo puedo creer! Es una mujer con Limerencia.

—¿Lime... qué?

—Limerencia. Es un estado mental, el cual es resultado de una atracción romántica con necesidad y obsesión de ser respondido por la otra persona, en este caso, por Lucifer. Se le ha metido en la cabeza que tiene una relación con él, y claro, al interferir yo ha ido a por mí pero... si ella se da cuenta que su realidad, no es real y que Luci no le corresponde... ¡Maldita sea! Salimos de una y entramos en otra! ¿Está todo el mundo loco o me lo parece a mí? Bill, ¿hay alguna chica policía de buen ver y que sea atractiva en la comisaría?

—Dicen que la de contabilidad está muy bien. A mí me parece una cría pero claro.

—Supongo que sabe defenderse y defender, ¿no?

—Por supuesto.

—¡Llámalas por favor y dile que vaya de inmediato a la discoteca Infierno, vestida de calle y que esté en todo momento con el dueño de la discoteca, que no se separe de él. Que le diga en el oído para que él sepa que es una poli. Ahora le mandaré un mensaje a Luci.

¿Hola? Buenas tardes, soy la agente federal Amanda, necesito con urgencia que manden a cuatro o cinco agentes de paisano a la discoteca Infierno, por favor. Gracias. Bill, me tengo que ir, vete al hospital para que te revisen por si acaso el impacto haya chocado contra algún órgano. No me mires así, no te lo estoy pidiendo. ¡Agente, acompáñelo!

Amanda le mandó un mensaje a Lucifer que decía así: «Cariño, va a ir una chica que es policía y estará contigo en todo momento, ella te susurrará quién es, tiene órdenes de que no se separe de ti. Luego te lo explicaré. Voy para allá».

Cuando llegó, como siempre había una gran aglomeración de gente para entrar. Dentro casi ni se podía estar y eran solo las 9 de la noche, la promoción de que la primera copa era gratis daba un buen resultado, no hacía falta hacerlo porque ya de por sí tenía mucho éxito, pero querían probar algo nuevo.

Le llegó un mensaje de que los agentes estaban ya dentro y a la expectativa. Amanda vio que Lucifer se hallaba en el sillón, como de costumbre.

¿Quién sería ella y donde estaba? ¿Cómo haría para que saliera de su escondite? porque seguro que estaba ahí. ¿Qué podía hacer?

—¡Lo tengo! Es un poco arriesgado pero allá voy.

Amanda se desmelenó el pelo, se desabrochó un par de botones, se descubrió un poco el hombro y se dirigió hacia donde estaba Lucifer. Se puso enfrente de él, movió el dedo para que se levantara y se dirigiera hacia ella.

Él le hizo caso y estando frente a frente, ella colocó sus manos en su pelo y comenzó a besarle apasionadamente.

Continuó quitándole la chaqueta, desabrochándole la camisa y sujetándola se lo fue llevando

hacia la casa. Llamó al ascensor poniendo su ojo y en el momento que las puertas se abrieron, salió de la nada una mujer con un cuchillo. Metió a Amanda de un empujón y dio otro a Lucifer para que saliera del ascensor.

Una vez que llegaron a la casa, la chica puso una silla para que la puerta del ascensor no se cerrara y así no podrían subir. Se dirigió a Amanda con el cuchillo diciéndole:

—¿Por qué no nos dejas en paz a mi novio y a mí? Siempre interfieres, quiero que nos dejes en paz.

—¿Tienes miedo a que te lo quite?

—No, porque estoy muy segura de su amor hacia mí.

—Entonces no te preocupes. ¡Por cierto! Fuiste muy astuta con el asunto de las canicas y la cazadora.

—Quise que de esta forma te dieras por aludida y abandonararas tus pretensiones hacia él, pero no me hiciste caso y ahora me encargaré de ti.

—¿Vas a intentar matarme?

—Intentar no, hacerlo, así no nos molestarás más.

—Déjame que lo dude.

Al poco tiempo el ascensor bajó, las puertas se abrieron y salieron las dos. Amanda le tenía cogidos los brazos retorciéndoselos hacia atrás. Los cinco policías les esperaban. La cogieron y se la llevaron. Amanda les dio las gracias a todos. Después llamó al agente Federal Reynolds para comunicarle el arresto de Angélica y que recibiría el informe de lo sucedido.

El ambiente en la discoteca seguía igual, ni se habían inmutado. Lucifer se acercó a ella preocupado, la cogió de la cintura y se la llevó dentro del ascensor.

Una vez que se aseguró de que estaba bien...

—¿Te parece correcto lo que has hecho?

—¿Y qué es lo que he hecho?

Lucifer la empezó a besar en el cuello y le dijo.

—Pues ponerme a cien. Exijo que termines lo que habías empezado.

—Mmm tienes toda la razón pero no fue culpa mía, nos interrumpieron ¿Por dónde íbamos? ¡Ah sí, por aquí!

Continuaron, donde lo habían dejado.

Pasaron el fin de semana juntos, sin ninguna interrupción.

—Luci, ¿querrías venirte de viaje conmigo el miércoles? Bueno, si puedes, claro.

—Querer y poder, por supuesto. ¿Y a dónde iríamos?

—Tengo que ir a mi antiguo trabajo para despedirme, ya que me quedo aquí. Daríamos una

vuelta y te enseñaría todo aquello. En donde he vivido, trabajado, paseado... que veas donde he estado estos dos años sin ti. Quiero juntar mis dos vidas.

—Sé a lo que te refieres. Sin problema. Gustosamente iré contigo.

—Mañana lunes tendré que hacer papeleo, el martes lo preparamos todo, cogemos los billetes de avión y el miércoles para allá.

—Perfecto.

Y así fue. El lunes se pasó en un suspiro entre preparar los informes de la detención de Angélica, haciendo llamadas y demás. Antes de que se dieran cuenta, ya estaban en el avión en camino.

—Un par de preguntas quería hacerte desde hace tiempo, Mandi. Cuando fuiste a mi casa a pedirme ayuda, me comentaste que el día anterior había sido nefasto y que te habían amenazado, alguien que no me quisiste decir quién fue, ¿me lo dices ahora?

—Te dije que no tenía importancia, ya que esa persona tenía razón en amenazarme. No me pongas esa cara. Prométeme que no vas a decir ni hacer nada a esa persona.

—Puff está bien. ¿Quién fue?

—Peggy. No quiso que volviera a hacerte daño ya que lo pasaste muy mal y no quería que volvieras a pasar por ello.

—Mnnn mi Peggy. La siguiente pregunta es... ¿Quién te partió el labio?

—Esperaba esa pregunta un día de estos. Lo dicho, no le hagas nada. Ya está donde se merece estar. Fue el Federal Turner.

—¿Qué? Si lo hubiera sabido antes, habría sido más cruel con él. ¿Cómo se atrevió ni si quiera a...?

—Bueno tranquilo, todo eso ya pasó. Ahora a pasar estas mini vacaciones juntos.

Nada más llegar se registraron en un hotel, se asearon ya que el viaje había sido largo, comieron algo y fueron hacia la Boutique. Allí la esperaba la jefa de personal y la de sección de moda.

—¿Cómo es eso que nos dejas, Amanda?

—Lo siento, estaba muy gusto trabajando aquí, pero es que he encontrado un trabajo de lo mío, de administrativa, me he reencontrado con un antiguo amor y bueno, eso es todo.

—Pues me alegro por ti entonces. Nos da tristeza que nos dejes pero esperamos que nos vengas a saludar de vez en cuando.

—Por supuesto que sí.

Una vez que firmó el finiquito, salieron de la oficina y allí la esperaba Lucifer. Ella les presentó y en ese momento vino la hija de la jefa de Amanda.

—Mire Lucifer, esta es mi hija Isabel.

—Encantado. Amanda ya me ha hablado de ti. Estas estudiando... ¿criminología? Es una carrera muy difícil. ¿Qué tal te va?

—Muy bien gracias. Hola Amanda. ¿Qué tal estás?

—Bien, aquí despidiéndome de tu madre que ya no voy a volver más. Tengo otro trabajo y... obligaciones.

—Entiendo, pues nada a seguir bien.

—Tú también. En fin, nos vamos que tenemos planes. Cuidaros todas. Nos volveremos a ver.

—¿Isabel es la muchacha que estaba en Quántico cuando fuiste? Se ha portado bien. No soy muy entendido en el tema, pero creo que tiene futuro.

—Yo también. La estaré vigilando. En fin, ¿damos una vuelta? ¿Qué te gustaría hacer?

—Lo único que me hace falta en la vida, eres tú, así que me da igual en donde estemos, ni lo que hagamos, mientras estemos juntos. Te quiero, Mandi.

—Yo también te quiero, Luci. ¡Recorramos la ciudad!

Fin